

**LOS TEXTOS  
FUNDADORES**

**TEXTOS  
DE REFERENCIA  
DE JACQUES LACAN**



## ACTA DE FUNDACIÓN 21 DE JUNIO DE 1964

Fundo –tan solo como siempre he estado en mi relación con la causa psicoanalítica– la Escuela Francesa de Psicoanálisis, cuya dirección ejerceré, personalmente, durante los cuatro años venideros, pues nada en el presente me impide responder por ella.

Es mi intención que este título represente al organismo en el que debe cumplirse un trabajo:

- que, en el campo que Freud abrió, restaure el filo cortante de su verdad;
- que vuelva a conducir a la praxis original que él instituyó con el nombre de psicoanálisis al deber que le toca en nuestro mundo;
- que, mediante una crítica asidua, denuncie sus desviaciones y sus compromisos que amortiguan su progreso al degradar su empleo.

Este objetivo de trabajo es indisoluble de una formación que ha de dispensarse en ese movimiento de reconquista. Es decir que están habilitados para ella de pleno derecho aquellos a quienes yo mismo formé y están invitados todos quienes puedan contribuir a poner a prueba lo bien fundado de esta formación.

Quienes acudan a esta Escuela se comprometerán a desempeñar una tarea sometida a un control interno y externo. A cambio, pueden contar con que nada será escatimado para que todo cuanto hagan de válido tenga la repercusión que merece y en el lugar que convenga.

Para la ejecución del trabajo adoptaremos el principio de una elaboración sostenida en un pequeño grupo. Cada uno de ellos (tenemos un nombre para designar a estos grupos) se compondrá de tres personas como mínimo, de cinco como máximo, cuatro es la justa medida. *Más una* encargada de la selección, la discusión y el destino que se reservará al trabajo de cada cual.

Tras cierto tiempo de funcionamiento, se propondrá a los elementos de un grupo permutarse en otro.

La labor de dirección no constituirá un cacicazgo cuyo servicio una vez prestado se capitalizaría para el acceso a un grado superior y nadie se considerará retrogradado por volver al rango de un trabajo de base.

Por la razón de que toda empresa personal reinstalará a su autor en las condiciones de crítica y control bajo las que todo trabajo continuo estará sometido en la Escuela.

Esto no implica en modo alguno una jerarquía cabeza abajo, sino una organización circular cuyo funcionamiento, fácil de programar, se afianzará con la experiencia.

Constituimos tres secciones, de cuya marcha me ocuparé con dos colaboradores que me secundaran en cada una de ellas.

**1- Sección de psicoanálisis puro.** Esto es, praxis y doctrina del psicoanálisis propiamente dicho, el cual es y no es más que –lo estableceremos en

su oportunidad– el psicoanálisis didáctico.

Los problemas urgentes que hay que plantear en todas las salidas del didáctico, hallarán aquí el modo de abrirse camino mediante una confrontación mantenida entre personas que tengan experiencia del didáctico y candidatos en formación. Su razón de ser se funda en lo que no se debe velar: esto es, la necesidad que resulta de las exigencias profesionales cada vez que éstas llevan al analizado en formación a asumir una responsabilidad por muy poco analítica que ésta sea.

En el interior de este problema, y como un caso particular, debe situarse la entrada en supervisión. Como preludeo hemos de definir este caso de acuerdo con unos criterios que sean distintos de la impresión de todos y del prejuicio de cada uno. Pues es sabido que en eso reside actualmente su única ley, cuando la violación de la regla implicada en la observancia de sus formas es permanente.

Ya desde el comienzo, y en todo caso, se atenderá a que el practicante en formación en nuestra Escuela disponga, dentro de ese marco, de una supervisión calificada.

Serán propuestos al estudio así instaurado, tanto los rasgos por los que yo mismo rompo con los estándares afirmados en la práctica didáctica, como los efectos que se imputan a mi enseñanza sobre el curso de mis análisis cuando es el caso que mis analizados asisten a ella a título de alumnos. Se incluirán en ese estudio, si hace falta, los *impasses* que hay que tener en cuenta por mi posición en una Escuela como ésta; a saber, aquellos que engendraría en su trabajo la inducción misma a la cual apunta mi enseñanza.

Estos estudios, cuya extrema agudeza es la puesta en cuestión de la rutina establecida, serán recopilados por el directorio de la sección, que velará para establecer las vías más propicias para sostener los efectos de su sollicitación.

Tres subsecciones:

- Doctrina del psicoanálisis puro
- Crítica interna de su praxis como formación
- Supervisión de los psicoanalistas en formación

Establezco finalmente como principio de doctrina que esta sección, la primera, como también aquella cuyo destino formularé en el punto 3, no se fijará para su reclutamiento en la calificación médica, pues el psicoanálisis puro no es en sí mismo una técnica terapéutica.

**2- Sección de psicoanálisis aplicado.** Lo que quiere decir de terapéutica y de clínica médica.

Serán admitidos en ella grupos médicos, estén compuestos o no de sujetos psicoanalizados, por poco que se hallen en condiciones de contribuir a la experiencia psicoanalítica; mediante la crítica de sus indicaciones en sus resultados; por la puesta a prueba de los términos categóricos y de las estructuras que en ellos introduje como sustentos de la recta línea de la praxis freudiana; esto en el examen clínico, en las definiciones nosográficas, en la posición misma de los proyectos terapéuticos.

También aquí tres subsecciones:

- Doctrina de la cura y de sus variaciones,
- Casuística,
- Información psiquiátrica y prospección médica.

Un directorio que autentifique cada trabajo como de la Escuela y cuya composición excluya todo compromiso preconcebido.

### **3- Sección de recensión del campo freudiano**

Atenderá primeramente el informe y la censura crítica de todo cuanto ofrezcan en este campo las publicaciones que se pretenden estar autorizadas en él.

Se dedicará a poner en claro los principios por los cuales la praxis analítica debe recibir su estatuto en la ciencia. Estatuto que, por más particular que finalmente deba reconocérsele, no podría ser el de una experiencia inefable.

Por último, convocará a instruir nuestra experiencia así como a comunicarle, aquello que del estructuralismo instaurado en ciertas ciencias puede esclarecer el estructuralismo cuya función demostré en la nuestra; además de ponerlos a ambos en comunicación y, en sentido inverso, llevar a esas ciencias aquello que por nuestra subjetivación pueden recibir como inspiración complementaria.

En el límite, se requiere una praxis de la teoría sin la cual el orden de afinidades que trazan las ciencias que llamamos conjeturales, quedará a merced de esa deriva política que se empina en la ilusión de un condicionamiento universal.

Por lo tanto tres subsecciones más:

- Comentario continuo del movimiento psicoanalítico
- Articulación con las ciencias afines
- Ética del psicoanálisis, que es la praxis de su teoría

Los fondos financieros constituidos principalmente por la contribución de los miembros de la Escuela, por las subvenciones que obtendrá eventualmente y también por los servicios que prestará como Escuela, estarán enteramente destinados a su esfuerzo de publicación.

En primera fila, un anuario reunirá los títulos y el resumen de los trabajos de la Escuela, cualquiera que sea el medio en que se hayan publicado, anuario donde figurarán por su simple petición todos quienes hayan colaborado con ella.

La adhesión a la Escuela se hará presentándose en un grupo de trabajo constituido tal como hemos dicho.

La admisión al comienzo será decidida por mí mismo sin que yo tenga en cuenta las posiciones tomadas por quienquiera en el pasado respecto de mi persona, seguro como estoy de que quienes me dejaron, no soy yo quien está resentido con ellos, sino que son ellos quienes estarán cada vez más resentidos por no poder retractarse.

Mi respuesta, por lo demás, apuntará tan solo a lo que pueda yo presumir o constatar según méritos acerca del valor del grupo y del lugar que éste

pretenda ocupar primeramente.

La organización de la Escuela, conforme el principio de rotación que he indicado, será fijada por lo que elabore una comisión aprobada por una primera asamblea plenaria que se reunirá dentro de un año. Esta comisión la elaborará según la experiencia recorrida al vencer el segundo año, cuando una segunda asamblea tendrá que aprobarla.

No es necesario que las adhesiones abarquen al conjunto para que este plan funcione. No necesito una lista numerosa, sino trabajadores decididos, como ya de antemano sé que los hay.

## NOTA ADJUNTA

Esta acta de fundación considera que la simple costumbre no vale para nada. Sin embargo ha dejado abiertas, al parecer, algunas preguntas para aquellos que se rigen todavía por esa costumbre.

Una guía para el usuario, de siete títulos, da aquí las respuestas más solicitadas, a partir de ellas se supondrán las preguntas que ellas disipan.

### 1- Del didacta

Un psicoanalista es didacta, por haber hecho uno o varios psicoanálisis que se han comprobado didácticos.

Se trata de una habilitación de hecho, que siempre se produjo así en realidad y que solo depende de un anuario que ratifica hechos, sin siquiera pretenderse exhaustivo.

La costumbre del consentimiento de los pares se ha vuelto caduca al haber permitido la introducción muy reciente de lo que se llama «la lista», a partir del momento en que una sociedad ha podido utilizarla con unos fines que desconocen de la manera más clara las condiciones mismas tanto del análisis a emprender como del análisis en curso.

Entre esas condiciones la más esencial es que el analizado sea libre de elegir a su analista.

### 2- De la candidatura a la Escuela

Una cosa es la candidatura a una Escuela, otra cosa la calificación de un psicoanálisis didáctico.

La candidatura a la Escuela exige una selección que se regulará según sus metas de trabajo.

Al comienzo estará a cargo de un simple comité de recepción, llamado *Cardo*, es decir gozne en latín, lo que indica su espíritu.

Recordemos que el psicoanálisis didáctico solo se exige para la primera sección de la Escuela, si bien es deseable para todas.

### 3- Del psicoanálisis didáctico

La calificación de un psicoanálisis como didáctico se practicó hasta el presente mediante una selección, bastando constatar para juzgarla que, desde que dura, no permitió articular ninguno de sus principios.

Nadie tiene posibilidad ya de deslindarse en el futuro, salvo rompiendo previamente con una costumbre que se ofrece a la irrisión.

El único principio cierto que se puede plantear y tanto más porque se lo ha desconocido, es que el psicoanálisis se constituye como didáctico por el querer del sujeto y que éste debe estar advertido de que el análisis pondrá en duda ese querer, conforme vaya acercándose al deseo que encubre.

#### **4- Del psicoanálisis didáctico en la participación en la Escuela**

Aquellos que emprenden un psicoanálisis didáctico lo hacen de *motu proprio* y por propia elección.

El título 1 de esta nota implica incluso que pueden hallarse en posición de autorizar a su psicoanalista como didacta.

Pero la admisión en la Escuela les impone la condición de que se sepa que han iniciado la empresa, dónde y cuándo.

Pues la Escuela, cualquiera sea el momento en que el sujeto entra en análisis, tiene que sopesar este hecho con la responsabilidad que no puede rehusar por las consecuencias que tiene.

Es constante que el psicoanálisis tenga efectos sobre toda práctica del sujeto que en él se compromete. Cuando esta práctica procede, por muy poco que sea, de efectos psicoanalíticos, resulta que los engendra en el lugar en que tiene que reconocerlos.

¿Cómo no advertir que la supervisión se impone en cuanto surgen estos efectos, y en primer lugar, para proteger a aquel que acude en posición de paciente?

Aquí está en juego algo de una responsabilidad que la realidad impone al sujeto, cuando es practicante, asumirla por su cuenta y riesgo.

Fingir ignorar este hecho es la increíble función que algunos conservan en la práctica del análisis didáctico: se le supone que el sujeto no practica, o bien se piensa de él que viola al obrar así una regla de prudencia, o incluso de honestidad. Que por observar esta regla el sujeto llegue a faltar a su función, no está fuera de los límites de lo que pasa; cosa sabida, por lo demás.

La Escuela no podría abstraerse de este desastroso estado de cosas, en razón misma del trabajo que ella está hecha para garantizar.

Por eso garantizará las supervisiones que convienen a la situación de cada uno, haciendo frente a una realidad, de la cual forma parte el acuerdo del analista.

Inversamente, una solución insuficiente podrá motivar para ella una ruptura de contrato.

#### **5- Del compromiso en la Escuela**

Uno se compromete ahora con la Escuela mediante dos accesos:

a) El grupo constituido por elección mutua según el Acta de Fundación y que se llamará *cartel*, se presenta a mi aceptación con el título del trabajo que cada uno se proponga llevar adelante en él.

b) Los individuos que quieren darse a conocer para cualquier proyecto que sea, hallarán el camino útil acercándose a un miembro del Cardo: los

nombres de los primeros que hayan aceptado el cargo a petición mía serán publicados antes del 20 de julio. Yo mismo dirigiré hacia uno de ellos a quien me haga esa demanda.

## **6- Del estatuto de la Escuela**

Mi dirección personal es provisional, aunque prometida por cuatro años. Nos parecen necesarios para la puesta en marcha de la Escuela.

Si bien su estatuto jurídico es ya desde ahora el de la asociación declarada según la ley de 1901, creemos que prioritariamente debemos hacer pasar a su movimiento el estatuto interno que será, en un plazo fijado, propuesto al consentimiento de todos.

Recordemos que la peor objeción que pueda hacerse a las Sociedades de forma existente, es el agotamiento del trabajo, manifiesto hasta en la calidad que causan entre los mejores.

El éxito de la Escuela se medirá por la presentación de trabajos que sean admisibles en su lugar.

## **7- De la Escuela como experiencia inaugural**

Este aspecto se impone sobradamente, pensamos, en el Acta de Fundación, y dejamos a cada cual la tarea de descubrir sus promesas y sus escollos.

A quienes puedan interrogarse sobre lo que nos guía, les revelamos su razón.

La enseñanza del psicoanálisis no puede transmitirse de un sujeto al otro sino por las vías de una transferencia de trabajo.

Los «seminarios», incluido nuestro curso en la École des Hautes Études, nada fundarán si no remiten a esa transferencia.

Ningún aparato doctrinal, y en particular el nuestro por más propicio que pueda ser para la dirección del trabajo, puede prejuzgar sobre las conclusiones que serán su resto.

## **PREÁMBULO**

Con respecto a esta fundación, se puede plantear primero la cuestión de su relación con la enseñanza que no deja sin garantía la decisión de su acto.

Se postulará que, por calificados que estén quienes se hallen en condiciones de discutir allí esta enseñanza, la Escuela no depende de ella y tampoco la dispensa, ya que ella prosigue en el exterior.

Si para esta enseñanza, en efecto, la existencia de una audiencia que todavía no la ha valorado, se reveló en el mismo vuelco decisivo que impuso la Escuela, importa tanto más señalar qué los separa.

Escuela Freudiana de París: este título mantenido en reserva en el Acta de Fundación, anuncia a las claras las intenciones de las que procede a quien se atiene a sus términos.



Omitamos el lugar desde el que se reasume, no sin méritos para hacerlo, con el escudo de origen el desafío que conlleva, ya saludado por Freud: la Escuela se afirma primeramente freudiana, dado que –si hay una verdad que, sin duda, se sostiene en una presencia que paciente la reitera, cuyo efecto devino conciencia del área francesa– el mensaje freudiano sobrepasa de lejos en su radicalidad el uso que de él hacen los practicantes de obediencia anglófona.

Aun si se echa mano en Francia y en otras partes a una práctica mitigada por el torrente de una psicoterapia asociada a las necesidades de la higiene social –es un hecho que ningún practicante deja de mostrar su molestia o su aversión, incluso irrisión u horror, a medida que se ofrecen ocasiones de sumergirse en el lugar abierto donde la práctica aquí denunciada asume forma imperialista: conformismo de la mira, barbarismo de la doctrina, regresión acabada a un psicologismo puro y simple– todo ello mal compensado por la promoción de un clero fácil de caricaturizar, pero que en su compunción es cabalmente el resto que da fe de la formación por la cual el psicoanálisis no se disuelve en lo que propaga.

Este desacuerdo ilústreselo con la evidencia que surge al preguntar si no es cierto que en nuestra época el psicoanálisis está en todos lados, mas los psicoanalistas en otra parte.

Pues no en vano puede uno sorprenderse de que el mero nombre de Freud, con la esperanza de verdad que lleva sea considerado por enfrentarse con el nombre de Marx, sospecha no disipada, aunque sea patente que el abismo entre ellos sea incolmable, que en la vía entreabierta por Freud podría percibirse la razón por la que el marxismo fracasa en dar cuenta de un poder cada vez más desmesurado y loco en cuanto a lo político, que incluso podría desempeñar un efecto de reactivación de su contradicción.

Que los psicoanalistas no estén en condiciones de juzgar los males en que están inmersos, pero que en ello fallan, basta para explicar que responden con un enquistamiento del pensamiento. Dimisión que abre la vía a una falsa complacencia, portadora para el beneficiario de los mismos efectos que una verdadera; en este caso, la estampilla que degradan en los términos cuya guarda tienen para la empresa que de ningún modo es en sí el resorte de la economía reinante, aunque cómoda es la puesta en condiciones de aquellos que ella emplea, incluso en los altos grados: la orientación psicológica y sus diversos oficios.

De este modo el psicoanálisis está demasiado en espera y los psicoanalistas demasiado en falso para que se pueda deshacer su suspenso desde otra parte que el punto mismo del que han tomado distancia: a saber, la formación de psicoanalista.

No es que la Escuela no disponga de lo que le asegura no romper ninguna continuidad: a saber, psicoanalistas irreprochables cualquiera que sea el punto de vista que se adopte, puesto que hubiese bastado para ellos, como bastó para el resto de los sujetos formados por Lacan, que renegasen de

su enseñanza para ser reconocidos por cierta «Internacional» y es notorio que no deben sino a su elección y a su discernimiento el haber renunciado a dicho reconocimiento.

Es la Escuela la que vuelve a cuestionar los principios de una habilitación patente y con el consentimiento de aquellos que notoriamente la han recibido.

En lo cual freudiana revela ser además, presentándose ahora a nuestro examen el término de Escuela.

Este término debe ser tomado en el sentido en que antiguamente significaba: ciertos lugares de refugio, incluso de bases de operación contra lo que ya podía llamarse malestar en la cultura.

Al atenernos al malestar del psicoanálisis, la Escuela entiende dar su campo no solamente a un trabajo de crítica, sino a la apertura del fundamento de la experiencia, al enjuiciamiento del estilo de vida en que desemboca.

Quienes aquí se comprometen se sienten lo suficientemente sólidos como para enunciar el estado de cosas manifiesto: que en el presente el psicoanálisis no tiene nada más seguro que hacer valer en su activo que la producción de psicoanalistas, aunque ese balance aparezca como dejando que desear.

No es que con ello nos abandonemos a cierta autoacusación. Somos conscientes de que los resultados del psicoanálisis, aun en su estado de dudosa verdad, hacen papel más digno que las fluctuaciones de moda y las premisas ciegas de las que se fían tantas terapéuticas en el terreno donde la medicina no acabó de ubicarse en cuanto a sus criterios (¿los de la recuperación social son isomorfos a los de la curación?) y parece incluso en retirada en cuanto a la nosografía: hablamos de la psiquiatría, que ha pasado a ser un interrogante para todos.

Es incluso bastante curioso ver el modo en que el psicoanálisis hace aquí de pararrayos. Sin él, cómo se haría para ser tomado en serio cuando su único mérito es el oponérsele. A ello se debe un *statu quo* en que el psicoanalista se siente cómodo gracias a la benevolencia con la que se considera su insuficiencia.

Sin embargo, el psicoanálisis se distinguió primero por dar un acceso a la noción de curación en su dominio, a saber: devolver sus sentidos a los síntomas, dar lugar al deseo que ellos enmascaran, rectificar de manera ejemplar la aprehensión de una relación privilegiada, aunque hubiese hecho falta poder ilustrarla con las distensiones de estructura que exigen las formas de la enfermedad, reconocerlas en las relaciones del ser que demanda y que se identifica con esas mismas demanda e identificación.

Aun haría falta que el deseo y la transferencia que las animan hayan sublevado a quienes tienen su experiencia hasta volverles intolerables los conceptos que perpetúan una construcción del hombre y de Dios, donde entendimiento y voluntad se distinguen mediante una pretendida pasividad del primer modo y la arbitraria actividad que atribuye al segundo.

La revisión del pensamiento que reclaman las conexiones con el deseo que Freud le impone, parece estar fuera de los medios del psicoanalista. Sin duda ellos se eclipsan entre los miramientos que los doblegan y la debilidad de aquellos a los que socorre.

Hay empero un punto en que el problema del deseo no se puede eludir, es cuando se trata del psicoanalista mismo.

Y nada es más ejemplar de la pura cháchara que lo que de ella dice este comentario: que ella condiciona la seguridad de su intervención.

Perseguir en las coartadas el desconocimiento que se escuda aquí con falsos documentos, exige el encuentro de lo más valedero de una experiencia personal con aquellos que la conminarán a confesarse, considerándola un bien común.

Las propias autoridades científicas son aquí el rehén de un pacto de carencia que hace que ya no se pueda esperar desde fuera una exigencia de control que estaría a la orden del día en cualquier otra parte.

Es asunto solamente de quienes, psicoanalistas o no, se interesan por el psicoanálisis en acto.

A ellos se abre la Escuela para que pongan a prueba su interés, no están-doles prohibido elaborar su lógica.



## PROPOSICIÓN DEL 9 DE OCTUBRE 1967 SOBRE EL PSICOANALISTA DE LA ESCUELA

Antes de leerla, subrayo que hay que entenderla sobre el fondo de la lectura, a hacer o a rehacer, de mi artículo: «Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956» (págs. 441-472 de mis *Escritos*).

Se tratará de estructuras aseguradas en el psicoanálisis y de garantizar su efectucción en el psicoanalista.

Esto se le brinda a nuestra Escuela, tras una duración suficiente de órganos esbozados en base a principios limitativos. Solo instituímos una novedad en el funcionamiento. Es verdad que a partir de ella surge la solución del problema de la Sociedad psicoanalítica.

Dicha solución reside en la distinción entre jerarquía y *gradus*.

Produciré en el inicio de este año el siguiente paso constructivo:

- 1) producirlo: mostrárselo a ustedes;
- 2) ponerlos de hecho a producir su aparato, el cual debe reproducir este paso en estos dos sentidos.

Recordemos qué existe entre nosotros.

Primero un principio: el psicoanalista solo se autoriza a partir de él mismo. Este principio está inscrito en los textos originales de la Escuela y decide su posición.

Esto no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista surge de su formación.

Ella puede hacerlo por propia iniciativa.

Y el analista puede querer esa garantía, si así ocurre entonces solo puede ir más allá: volverse responsable del progreso de la Escuela, volverse psicoanalista de su experiencia misma.

Mirado desde esta perspectiva, se reconoce que en lo sucesivo responden a estas dos formas:

I. El AME o Analista Miembro de la Escuela, constituido simplemente por el hecho de que la Escuela lo reconoce como psicoanalista que ha probado ser tal.

Esto constituye la garantía, distinguida primero, proveniente de la Escuela. La iniciativa le corresponde a la Escuela, en la que se es admitido en

base a un proyecto de trabajo y sin tomar en cuenta proveniencias o calificaciones. Un analista practicante solo está registrado en ella al inicio a igual título que cuando se lo inscribe como médico, etnólogo y *tutti quanti*.

II. El AE o Analista de la Escuela, al que se le imputa estar entre quienes pueden testimoniar de los problemas cruciales en los puntos candentes en que éstos se hallan para el análisis, especialmente en la medida en que ellos mismos están en la tarea, o al menos en la brecha, de su resolución.

Este lugar implica que uno quiera ocuparlo: solo se puede estar en él por haberlo demandado de hecho, o bien de forma.

Queda establecido pues que la Escuela pueda garantizar la relación del analista con la formación que ella dispensa.

Puede y, por ende, debe hacerlo.

Aparece aquí el defecto, la falta de inventiva, para cumplir con un oficio (ése, del que se ufanan las sociedades existentes) encontrando en él vías diferentes, que evitan los inconvenientes (y los perjuicios) del régimen de esas sociedades.

La idea de que el mantenimiento de un régimen semejante es necesario para reglar el *gradus*, debe ser considerada en sus efectos de malestar. Ese malestar no basta para justificar el mantenimiento de la idea. Menos aún su retorno práctico.

Que haya una regla del *gradus* está implicado en una Escuela, ciertamente aun más que en una sociedad. Porque, después de todo, en una sociedad no se la necesita para nada, cuando una sociedad solo tiene intereses científicos.

Pero hay un real en juego en la formación misma del psicoanalista. Sostenemos que las Sociedades existentes se fundan en ese real.

Partimos también del hecho, que parece perfectamente plausible, de que Freud las quiso tal cual son.

No es menos patente –y para nosotros concebible– el hecho de que este real provoca su propio desconocimiento, incluso produzca su negación sistemática.

Está claro pues que Freud asumió el riesgo de cierta detención. Quizá más: que vio en ellas el único refugio posible para evitar la extinción de la experiencia.

No es privilegio mío el que nos enfrentemos a la cuestión así formulada. Es la consecuencia misma, digámoslo al menos para los analistas de la Escuela, de la elección que hicieron de la Escuela.

Están agrupados en ella por no haber querido aceptar, mediante un voto, lo que éste acarrea: la pura y simple supervivencia de una enseñanza, la de Lacan.

Quiquiera que en otra parte siga diciendo que lo que estaba en juego era la formación de los analistas miente al respecto. Ya que bastó votar en el sentido anhelado por la IPA para obtener la entrada en ella a toda vela, gracias a la ablución producida en breve tiempo por una sigla *made in English* (no se olvidará el *french group*). Mis analizados, como dicen, incluso fueron

allí particularmente bien recibidos, y aún lo serían si el resultado pudiese ser hacerme callar.

Cosa que se le recuerda todos los días a quien esté dispuesto a escucharlo.

Es entonces a un grupo para el cual mi enseñanza era muy preciosa, incluso lo bastante esencial, como para que cada uno al deliberar haya indicado que prefería mantenerla frente a la ventaja ofrecida –esto sin otras provisiones como también sin más provisiones interrumpí mi seminario luego del susodicho voto–, a ese grupo deseoso de una salida le ofrecí la fundación de la Escuela.

Con esta elección decisiva para quienes están aquí, se marca el valor de la apuesta [*enjeu*]. Puede haber en ella una apuesta que, para algunos, valga hasta el punto de serles esencial, y ella es mi enseñanza.

Si la susodicha enseñanza no tiene rival para ellos, tampoco lo tiene para todos los demás, como lo prueban quienes se apresuran hacia ella sin haber pagado el precio, quedando en suspenso en su caso la cuestión del provecho que aún les está permitido.

Aquí sin rival no significa una apreciación sino un hecho: ninguna enseñanza habla sobre qué es el psicoanálisis. En otros lados, y de manera confesa, solo se preocupan de que esté en conformidad.

Hay solidaridad entre el atascamiento, incluso en las desviaciones que muestra el psicoanálisis, y la jerarquía que reina en él; y que designamos, estarán de acuerdo que benévolamente, como la de una cooptación de sabios.

Esto se debe a que esta cooptación promueve un retorno a un estatuto de prestancia que conjuga la pregnancia narcisista con la astucia competitiva. Retorno que restaura el refuerzo de las recaídas que el psicoanálisis didáctico tiene como finalidad liquidar.

Este es el efecto que ensombrece la práctica del psicoanálisis, cuya terminación, objeto y finalidad misma se demuestran inarticulables luego de al menos medio siglo de experiencia continuada.

Llegar a remediarlo entre nosotros debe hacerse a partir de la constatación del defecto que he mencionado, lejos de pensar en ocultarlo.

Pues hay que captar en ese defecto la articulación que falta.

Ella solo coincide con lo que se encontrará por doquier, y que se supo desde siempre, que no basta la evidencia de un deber para poder cumplir con él. Por el sesgo de su hiancia puede ser puesto en acción, y esto ocurre cada vez que se encuentra el modo de usarlo.

Para introducirlos en este tema, me apoyaré en los dos momentos de empalme de lo que llamaré respectivamente en esta recreación el psicoanálisis en extensión, es decir, todo lo que resume la función de nuestra Escuela en la medida en que ella presentifica al psicoanálisis en el mundo, y el psicoanálisis en intensión, es decir el didáctico, que no hace más que preparar sus operadores.

Se olvida, en efecto, la razón de su pregnancia, que reside en constituir el psicoanálisis como experiencia original, llevarlo hasta el punto que figure

su finitud, para permitir el *après-coup*, efecto de tiempo, como se sabe, que le es radical.

Esta experiencia es esencial para aislarlo de la terapéutica, que no solo distorsiona al psicoanálisis por relajar su rigor.

Señalaré en efecto que la única definición posible de la terapéutica es la de la restitución a un estado primero. Definición imposible de plantear precisamente en psicoanálisis.

En cuanto al *primum non nocere*, mejor ni hablar, ya que es movedizo porque no puede ser determinado *primum* al principio: ¿para qué elegir no dañar! Inténtenlo. Es demasiado fácil según esa condición colocar en el haber de una cura cualquiera el no haber dañado en algo. Este rasgo forzado solo interesa, sin duda, por sostenerse en una indecidible lógica.

Puede encontrarse perimida la época en que se trataba de no perjudicar a la entidad mórbida. Pero el tiempo del médico está más involucrado de lo que se cree en esta revolución: en todo caso se ha vuelto más precaria la exigencia que hace que una enseñanza se médica o no. Digresión.

Nuestros puntos de empalme, donde deben funcionar nuestros órganos de garantía, son conocidos: son el inicio y el final del psicoanálisis al igual que en el ajedrez. Por suerte son los más ejemplares por su estructura. Esta suerte se debe a lo que llamamos el encuentro.

Al comienzo del psicoanálisis está la transferencia. Lo está por la gracia de aquel al que llamaremos en el linde de este comentario: el psicoanalizante.<sup>1</sup> No tenemos que dar cuenta de qué lo condiciona. Al menos aquí. Está en el inicio. Pero, ¿qué es?

Me asombra que nadie nunca haya pensado en oponerme, dado ciertos términos de mi doctrina, que la transferencia por sí sola es una objeción a la intersubjetividad. Incluso lo lamento, ya que nada es más cierto: la refuta, es su escollo. Por eso también promoví primero lo que el uso de la palabra implica de intersubjetividad, para establecer el fondo sobre el que se pudiese percibir el contraste. Este término fue entonces una manera, una manera cualquiera diría, si no se me hubiese impuesto, de circunscribir el alcance de la transferencia.

Al respecto, allí donde conviene justificar su propio terreno universitario, se apoderan del susodicho término, que se supone es, por haber sido usado por mí, levitatorio. Pero quien me lee puede observar el «en reserva» con el que hago jugar esta referencia en la concepción del psicoanálisis. Forma parte de las concesiones educativas a las que debí acceder debido al contexto de *ignorantismo* fabuloso en el que tuve que proferir mis primeros seminarios.

Puede acaso dudarse ahora de que al remitir al sujeto del *cogito* lo que el inconsciente nos descubre, que al haber definido la distinción entre el otro imaginario, llamado familiarmente otro con minúscula, y el lugar de la operación del lenguaje, planteado como el Otro con mayúscula, indico suficientemente que ningún sujeto puede ser supuesto por otro sujeto; si tomamos

1 Lo que se llama comúnmente: el psicoanalizado, por anticipación.



precisamente este término en el sentido de Descartes. Que Dios le sea necesario, o más bien la verdad con que lo acredita, para que el sujeto llegue a alojarse bajo esa misma capa que viste a engañosas sombras humanas; que Hegel al retomar lo plantee la imposibilidad de la coexistencia de las conciencias, en tanto se trata del sujeto prometido al saber; no es esto suficiente para indicar la dificultad, que es precisamente nuestro impasse, el del sujeto del inconsciente, cuya solución ofrece a quien sabe darle forma.

Es cierto que aquí Jean-Paul Sartre, muy capaz de percatarse de que la lucha a muerte no es esa solución, pues no podría destruirse a un sujeto, y que asimismo en Hegel ella está predeterminada desde su nacimiento, pronuncia en *A puerta cerrada* la sentencia fenomenológica: es el infierno. Pero como esto es falso, y de una manera que puede ser juzgada desde la estructura, el fenómeno muestra claramente que el cobarde, si no es loco, puede arreglárselas muy bien con la mirada que lo fija; esta sentencia prueba claramente que el oscurantismo no solo tiene su puesto en los ágapes de la derecha.

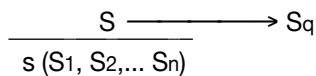
El sujeto supuesto saber es para nosotros el pivote desde donde se articula todo lo tocante a la transferencia. Cuyos efectos escapan, al utilizar como pinza para asirlos el *pun* bastante torpe, al establecerse entre la necesidad de repetición y la repetición de la necesidad.

Aquí, el levitante de la intersubjetividad mostrará su fineza en el interrogatorio: si no fuere por otro sujeto ¿sujeto supuesto por quién?

Un recuerdo de Aristóteles, rogamos un poquito de categorías para pulir a ese sujeto de lo subjetivo. Un sujeto no supone nada, es supuesto.

Supuesto, enseñamos nosotros, por el significante que lo representa para otro significante.

Escribamos como conviene el supuesto de este sujeto colocando al saber en su lugar como dependiente de la suposición:



Se reconoce en la primera línea el significante S de la transferencia, es decir de un sujeto, con su implicación de un significante que llamaremos cualquiera, es decir, que solo supone la particularidad en el sentido de Aristóteles (siempre bienvenido), que por este hecho supone aun otras cosas. Si es nombrable con un nombre propio, no es que se distinga por el saber, como veremos a continuación.

Debajo de la barra, pero reducido al patrón de suponer el primer significante: la s representa al sujeto que resulta de él, implicando en el paréntesis al saber, supuesto presente, de los significantes en el inconsciente, significación que ocupa el lugar del referente aún latente en esa relación tercera que lo adjunta a la pareja significante-significado.

Se ve que si el psicoanálisis consiste en mantener una situación convenida entre dos *partenaires* que se asumen en ella como el psicoanalizante y el psicoanalista, solo puede desarrollarse a costa del constituyente ternario que es el significante introducido en el discurso que se instaura, el cual tiene

nombre: sujeto supuesto saber, formación, no de artificio sino de vena, desprendida del psicoanalizante.

Tenemos que ver lo que califica al psicoanalista para responder a esta situación que, como se ve, no engloba su persona. En efecto, no solamente el sujeto supuesto saber no es real, sino que no es en modo alguno necesario que el sujeto en actividad en la coyuntura, el psicoanalizante (único que habla inicialmente), se lo imponga.

Incluso es tan poco necesario que habitualmente no es cierto: lo demuestra, en los primeros tiempos del discurso, un modo de asegurarse de que el traje no le va al psicoanalista; seguro contra el temor de que éste no se meta demasiado rápido, en él en sus hábitos, si me permiten la expresión.

Nos importa aquí el psicoanalista, en su relación con el saber del sujeto supuesto, relación no segunda sino directa.

Está claro que nada sabe del saber supuesto. El  $S_q$  de la primera línea no tiene nada que ver con los  $S$  en cadena de la segunda, y solo puede hallarse allí por encuentro. Señalemos este hecho para reducir a él lo extraño de la insistencia de Freud en recomendarnos abordar cada caso nuevo como si no hubiésemos adquirido nada en sus primeros desciframientos.

Esto no autoriza en modo alguno al psicoanalista a contentarse con saber que no sabe nada, porque lo que está en juego es lo que tiene que saber.

Lo que tiene que saber puede ser delineado con la misma relación «en reserva» según la que opera toda lógica digna de ese nombre. Eso no quiere decir nada «particular», pero eso se articula en cadena de letras tan rigurosas que, a condición de no fallar ninguna, lo no sabido se ordena como el marco del saber.

Lo asombroso es que con eso se encuentre algo, los números transfinitos, por ejemplo. ¿Qué era de ellos *antes*? Indico aquí la relación con el deseo que les dio su consistencia. Es útil pensar en la aventura de un Cantor –aventura que no fue precisamente gratuita– para sugerir el orden, aunque no fuese él transfinito, donde el deseo del psicoanalista se sitúa.

Esta situación da cuenta a la inversa de la facilidad aparente con la que se instalan en posiciones de dirección en las sociedades existentes lo que bien podemos llamar nulidades. Entiéndanme: lo importante no es el modo en que estas nulidades se amueblan (¿discurso sobre la bondad?) para el exterior, ni la disciplina que supone el vacío sostenido en el interior (no se trata de idiotez), sino que esa nada (del saber) es reconocida por todos, objeto usual puede decirse, para los subordinados, y moneda corriente de su apreciación para los Superiores.

Esto se debe a la confusión sobre el cero, a propósito de la cual se permanece en un campo donde no es aceptada. En el *gradus*, nadie se preocupa por enseñar qué distingue al vacío de la nada, que no son, empero, lo mismo; ni al rasgo delimitado por la medida del elemento neutro implicado en el grupo lógico; ni tampoco a la nulidad de la incompetencia, de lo no-marcado de la ingenuidad, a partir de lo cual tantas cosas se ordenarían.

Para remediar este defecto, produce el ocho interior y, en general, la topología en la que el sujeto se sostiene.

Lo que debe disponer a un miembro de la Escuela a tales estudios es la prevalencia que pueden captar en el algoritmo producido más arriba –que no por ignorarlo deja de estar ahí– la prevalencia manifiesta donde sea –tanto en el psicoanálisis en extensión así como en el de intensidad– de lo que llamaré el saber textual, para oponerlo a la noción referencial que lo enmascara.

No puede decirse que el psicoanalista sea experto en todos los objetos que el lenguaje propone, no solamente al saber, sino los que puso primero en el mundo de la realidad, de la realidad de la explotación interhumana. Sería preferible que así fuese, pero de hecho más bien se queda corto.

El saber textual no era parásito por haber animado una lógica en la que con sorpresa la nuestra encuentra qué aprender (hablo de la lógica de la Edad Media), y no es a sus expensas que pudo enfrentar la relación del sujeto con la Revelación.

No porque su valor religioso se haya vuelto indiferente para nosotros debe descuidarse su efecto en la estructura. El psicoanálisis tiene consistencia por los textos de Freud, éste es un hecho irrefutable. Desde Shakespeare a Lewis Carroll, se sabe lo que aportan los textos a su genio y a sus practicantes.

Este es el campo en el que se discierne a quién admitir para su estudio. Es aquel donde el sofista y el talmudista, el propalador de cuentos y el aedo, cobraron impulso que en todo momento recuperamos, más o menos torpemente, para nuestro uso.

Que un Lévi-Strauss en sus mitológicas le dé su estatuto científico, nos facilita hacer de él el umbral de nuestra selección.

Recordemos la guía que da mi grafo al análisis y la articulación que se aísla en él del deseo en las instancias del sujeto.

Esto para indicar la identidad del algoritmo aquí precisado con lo que es connotado en *El banquete* como *ἀγαλμα* (agalma).

¿Dónde está dicho mejor que como lo hace allí Alcibíades, que las emboscadas del amor de transferencia tienen como único fin obtener eso cuyo continente ingrato él piensa que es Sócrates? Pero, quién sabe mejor que Sócrates que solo detenta la significación que engendra al retener esa nada, lo que le permite remitir a Alcibíades al destinatario presente de su discurso, Agatón (como por casualidad): esto para enseñarles a ustedes que por obsesionarse con lo que los concierne en el discurso del psicoanalizante siguen equivocándose.

Pero, ¿esto es todo? Cuando aquí el psicoanalizante es idéntico al *ἀγαλμα* (agalma), a la maravilla que nos deslumbra, a nosotros terceros, en Alcibíades, ¿no es acaso nuestra oportunidad de ver allí aislarse el puro sesgo del sujeto como relación libre con el significante, ése donde se aísla el deseo del saber como el deseo del Otro?

Como todos esos casos particulares que hacen el milagro griego, éste solo nos presenta cerrada la caja de Pandora. Abierta, es el psicoanálisis, del que Alcibíades no necesitaba.

Con lo que llamé el final de la partida, estamos –por fin– en el hueso de nuestro discurso de esta noche. La terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico es, en efecto, el paso del psicoanalizante al psicoanalista.

Nuestro propósito es plantear al respecto una ecuación cuya constante es el *άγαλμα* (agalma).

El deseo del psicoanalista es su enunciación, la que solo puede operar ocupando allí la posición de la  $x$ : de esa  $x$  misma, cuya solución entrega al psicoanalizante su ser y cuyo valor se anota ( $-\varphi$ ), la hiancia que se designa como la función del falo al aislarlo en el complejo de castración, o  $a$  para lo que lo obtura con el objeto que se reconoce bajo la función aproximativa de la relación pregenital. (El caso Alcibíades la anula: es lo que connota la mutilación de los Hermes.)

La estructura así abreviada les permite hacerse una idea de lo que ocurre al término de la relación de la transferencia, o sea: habiéndose resuelto el deseo que sostuvo el psicoanalizante en su operación, éste ya no tiene ganas de confirmar su opción, es decir, el resto que como determinante de su división lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto.

¿No es éste el gran *motus* que debemos conservar entre nosotros, que tomamos de él, psicoanalistas, nuestra suficiencia, mientras que la beatitud se ofrece más allá al olvidarlo nosotros mismos?

Al enunciarlo, ¿no desalentamos a los aficionados? La destitución subjetiva inscrita en el billete de entrada... ¿acaso no provoca el horror, la indignación, el pánico, incluso el atentado, en todo caso da pretexto a la objeción de principio?

No obstante, hacer interdicción de lo que se impone de nuestro ser es ofrecernos a un retorno del destino que es maldición. Lo rechazado en lo simbólico, recordemos su sentencia lacaniana, reaparece en lo real.

En lo real de la ciencia que destituye al sujeto de un modo muy diferente en nuestra época, cuando solo sus partidarios más eminentes, un Oppenheimer, pierden ante ello la cabeza.

Renunciamos aquí a lo que nos hace responsables, a saber: la posición donde fijé al psicoanálisis en su relación con la ciencia, la de extraer la verdad que le responde en términos cuyo resto de voz se nos asigna.

Con qué pretexto resguardamos este rechazo, cuando bien se sabe qué ligereza protege a la vez verdad y sujeto, y que prometer a los segundos la primera deja indiferentes a quienes ya están próximos a ella. Hablar de destitución subjetiva nunca detendrá al inocente, cuya única ley es su deseo.

Nuestra única elección está entre enfrentar la verdad o ridiculizar nuestro saber.

Esa sombra espesa que recubre el empalme del que aquí me ocupo, ese en el que el psicoanalizante pasa a psicoanalista, es aquello que nuestra Escuela puede dedicarse a disipar.

No estoy más adelantado que ustedes en esta obra que no puede ser realizada a solas, ya que el psicoanálisis le brinda su acceso.

Me contentaré aquí con un *flash* o dos para precederla.

Cómo no recordar que en el origen del psicoanálisis, como por fin lo hizo Mannoni entre nosotros, el psicoanalista es Fliess, es decir, el medicastro, el cosquilleador de nariz, el hombre al que se le revelan el principio macho y el principio hembra en los números 21 y 28, gústenos o no, en suma ese saber que el psicoanalizante, Freud el científicista, como se expresa la boquita de las almas abiertas al ecumenismo, rechaza con toda la fuerza del juramento que lo liga al programa de Helmholtz y sus cómplices.

Que ese artículo haya sido entregado a una revista que casi no permitía que el término de «sujeto supuesto saber» apareciese en ella, salvo perdido en medio de una página, no disminuye en nada el valor que puede tener para nosotros.

Al recordarnos «el análisis original», nos lleva nuevamente al pie del espejismo en el que se asienta la posición del psicoanalista y nos sugiere que no es seguro que ésta sea reducida hasta tanto una crítica científica no se haya establecido en nuestra disciplina.

El título se presta al comentario de que el verdadero original solo puede ser el segundo, por constituir la repetición que hace del primero un acto, pues ella introduce allí el *après-coup* propio del tiempo lógico, que se marca porque el psicoanalizante pasó a psicoanalista. (Quiero decir Freud mismo quien sanciona allí no haber hecho un autoanálisis.)

Me permito por añadidura recordarle a Mannoni que la escansión del tiempo lógico incluye lo que llamé el momento de comprender, justamente del efecto producido (que retome mi sofisma) por la no comprensión, y que por eludir lo que constituye en suma el alma de su artículo ayuda a que se comprenda mal.

Recuerdo aquí que el material bruto que recogemos en base a «comprender a sus enfermos» entra en un malentendido que como tal no es sano.

*Flash* ahora sobre el punto en el que estamos. Con el final del análisis hipomaniaco, descrito por nuestro Balint como el último grito de la moda, es el caso de decirlo sí, de identificación del psicoanalizante con su guía, palpamos la consecuencia del rechazo antes denunciado (turbio rechazo: ¿*Verleugnung*?), que solo deja el refugio de la consigna, ahora adoptada en las sociedades existentes, de la alianza con la parte sana del yo, la cual resuelve el paso a analista mediante la postulación en él, al comienzo, de dicha parte sana. ¿Para qué sirve pues su paso por la experiencia?

Tal es la posición de las sociedades existentes. Expulsa nuestras observaciones a un más allá del psicoanálisis.

El paso del psicoanalizante al psicoanalista, tiene una puerta cuyo gozne es ese resto que produce su división, pues esa división no es más que la del sujeto, cuya causa es ese resto.

En este vuelco donde el sujeto ve zozobrar la seguridad que obtenía de su fantasma donde se constituye para cada quien su ventana sobre lo real, se percibe que el asidero del deseo no es más que el de un desierto.

En ese desierto se revela lo inesencial del sujeto supuesto saber, donde el

psicoanalista por venir se consagra al *άγαλμα* (agalma) de la esencia del deseo, dispuesto a pagarlo reduciéndose, él y su nombre, al significante cualquiera.

Porque rechazó el ser que no sabía la causa de su fantasma en el momento mismo en que finalmente él devino ese saber supuesto.

«Que sepa lo que yo no sabía sobre el ser del deseo, lo tocante a él, llegado al ser del saber, y que se borre». *Sicut palea*, como dice Tomás de su obra al final de su vida: como estiércol.

Así el ser del deseo alcanza el ser del saber para renacer al anudarse ambos en una banda de borde único donde se inscribe una sola falta, la que el *άγαλμα* (agalma) sostiene.

La paz no viene de inmediato a sellar esta metamorfosis en que el *partenaire* se desvanece por no ser ya más que saber vano de un ser que se escabulle.

Palpemos allí la futilidad del término liquidación para ese agujero donde únicamente se resuelve la transferencia. No veo en él, al revés de las apariencias, más que una negación del deseo del analista.

Pues quién, al percibir en mis últimas líneas a los dos *partenaires* jugar como las dos alas de una pantalla giratoria, no puede captar que la transferencia nunca fue más que el pivote de esa alternancia misma.

De este modo, de aquel que recibió la clave del mundo en la hendidura del impúber, el psicoanalista no debe esperar más que una mirada, pero se ve devenir una voz.

Y ese otro, niño, que encontró su representante representativo en su irrupción a través del diario desplegado con el que se resguardaba el estercolero de los pensamientos de su progenitor, remite al psicoanalista el efecto de angustia en el que cae en su propia deyección.

Así, el final del análisis conserva cierta ingenuidad, a propósito de la cual se plantea la cuestión de si eso debe considerarse como una garantía en el paso al deseo de ser psicoanalista.

Desde dónde entonces podría esperarse un testimonio justo sobre el que franquea ese pase, sino de otro que, al igual que él, todavía lo es, ese pase, a saber, en quien está presente en ese momento el desear en el que su psicoanalista guarda la esencia de lo que le pasó como un duelo, sabiendo así, como cualquiera en función de didáctico, que también a ellos eso les pasará.

¿Quién mejor que ese psicoanalizante en el pase podría autenticar en él lo que éste tiene de posición depresiva? No aireamos aquí nada con lo que uno pueda darse aires, si uno no está en el asunto.

Es lo que les propondré luego como el oficio a confiar para la demanda de devenir analista de la Escuela a algunos a los que llamaremos pasadores.

Cada uno de ellos será elegido por un analista de la Escuela, que pueda aseverar que están en ese pase o que han vuelto de él, en suma, que están todavía ligados al desenlace a su experiencia personal.

A ellos les hablará de su análisis un psicoanalizante para hacerse autorizar como analista de la Escuela, y el testimonio que sabrán acoger desde la

frescura misma de su propio pase será de esos que jamás recoge jurado de confirmación alguno. La decisión de dicho jurado será esclarecida entonces por ellos, no siendo obviamente estos testigos jueces.

Inútil indicar que esta proposición implica una acumulación de la experiencia, su recolección y su elaboración, una organización en serie de su variedad, una notación de sus grados.

Cabe a la naturaleza del *après-coup* de la significancia, el que puedan salir libertades de la clausura de una experiencia.

De todos modos esta experiencia no puede ser eludida. Sus resultados deben ser comunicados: en primer lugar a la Escuela para que realice su crítica, y correlativamente, deben ser puestos al alcance de esas sociedades que, aunque nos hayan excluidos, no dejan por ello de ser asunto nuestro.

El jurado funcionando no puede abstenerse pues de un trabajo de doctrina, más allá de su funcionamiento como selector.

Antes de proponerles su forma, quiero indicar que conforme con la topología del plano proyectivo, en el horizonte mismo del psicoanálisis en extensión se anuda el círculo interno que trazamos como hiancia del psicoanálisis en intensión.

Quisiera centrar ese horizonte en tres puntos de fuga perspectivas, notables por pertenecer cada uno a uno de los registros cuya colusión en la heterotopía constituye nuestra experiencia.

En lo simbólico, tenemos el mito edípico.

Observemos en relación al núcleo de la experiencia sobre la que acabamos de insistir, lo que llamaría técnicamente la facticidad de este punto. Depende, en efecto, de una mitogenia, uno de cuyos componentes, como se sabe, es su redistribución. Ahora bien, el Edipo por serle ectópico (carácter subrayado por un Kroeber), plantea un problema.

Abrirlo permitiría restaurar su radicalidad en la experiencia, incluso al relativizarla.

Aclararé mis intenciones simplemente con lo siguiente: retiren el Edipo, y el psicoanálisis en extensión, diré, se vuelve enteramente jurisdicción del delirio del presidente Schreber.

Controlen su correspondencia punto por punto, ciertamente no atenuada desde que Freud la señaló al no declinar la imputación. Pero dejemos lo que mi seminario sobre Schreber ofreció a quienes podían escucharlo.

Hay otros aspectos de ese punto relativos a nuestras relaciones con el exterior, o más exactamente a nuestra extraterritorialidad: término esencial en el *Escrito*, que considero como prefacio de esta proposición.

Observemos el lugar que ocupa la ideología edípica para dispensar de algún modo a la sociología desde hace un siglo de tomar partido, como debió hacerlo antes, sobre el valor de la familia, de la familia existente, de la familia pequeño burguesa en la civilización, es decir, en la sociedad vehiculizada por la ciencia. ¿Nos beneficia o no lo que ahí encubrimos sin saberlo?

El segundo punto está constituido por el tipo existente, cuya facticidad es esta vez evidente de la unidad: sociedad de psicoanálisis, en tanto dirigida por un ejecutivo de escala internacional.

Lo dijimos, Freud lo quiso así, y la sonrisa molesta con que se retracta del romanticismo de la especie de Komintern clandestino al que primero le dio su cheque en blanco (cf. Jones, citado en mi *Escrito*), solo lo subraya mejor.

La naturaleza de esas sociedades y el modo en que obtemperan, se aclara con la promoción que hace Freud de la Iglesia y del Ejército como modelos de lo que concibe como la estructura del grupo. (Con este término, en efecto, habría que traducir hoy *Masse* de su *Massenpsychologie*).

El efecto inducido de la estructura así privilegiada se aclara aun más por agregársele la función en la Iglesia y en el Ejército del sujeto supuesto saber. Estudio para quien quiera emprenderlo: llegará lejos.

Al atenerse al modelo freudiano, aparece de modo deslumbrante el favor que reciben en él las identificaciones imaginarias, y al mismo tiempo la razón que encadena al psicoanálisis en intensión a limitar a ese modelo su consideración, incluso su alcance.

Uno de mis mejores alumnos remitió muy correctamente su trazado al Edipo mismo, definiendo en él la función del Padre ideal.

Esta tendencia, como suele decirse, es responsable de haber relegado al punto de horizonte anteriormente definido lo que en la experiencia es calificable como edípico.

La tercera facticidad, real, demasiado real, suficientemente real como para que lo real sea más mojjigato al promoverlo que la lengua, es lo que se puede hablar gracias al término de: campo de concentración, sobre el cual parece que nuestros pensadores, al vagar del humanismo al terror, no se concentraron lo suficiente.

Abreviemos diciendo que lo que vimos emerger, para nuestro horror, representa la reacción de precursores en relación a lo que se irá desarrollando como consecuencia del reordenamiento de las agrupaciones sociales por la ciencia y, principalmente, de la universalización que introduce en ellas.

Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación.

¿Hay que atribuir a Freud, considerando desde el origen estuvo introducido en el modelo secular de este proceso, haber querido asegurar en su grupo el privilegio de la flotabilidad universal con que se benefician las dos instituciones antes nombradas? No es impensable.

Cualquiera sea el caso, este recurso no facilita al deseo del psicoanalista situarse en esta coyuntura.

Recordemos que si la IPA de la *Mitteleuropa* demostró su preadaptación a esa prueba no perdiendo en los dichos campos ni uno solo de sus miembros, debido a esa proeza vió producirse después de la guerra una estampida, que no dejó de tener la contrapartida de algunas bajas (cien psicoanalistas mediocres, recordemos), de candidatos en cuyas mentes no estaba ausente el motivo de encontrar refugio ante la marea roja, fantasma de ese entonces.



Que la «coexistencia», que podría perfectamente ella también esclarecerse por una transferencia, no nos haga olvidar el fenómeno que es una de nuestras coordenadas geográficas, hay que decirlo, y cuyos farfuleos sobre el racismo más bien enmascaran su alcance.

El final de este documento precisa el modo bajo el cual, abriendo una experiencia, podría ser introducido lo que solo tiende a volver por fin verdaderas las garantías buscadas.

Las dejamos enteramente en manos de quienes tienen experiencia.

No olvidamos, sin embargo, que son quienes más padecieron las pruebas impuestas por el debate con la organización existente. Lo que deben el estilo y los fines de esa organización al *black-out* realizado sobre la función del psicoanálisis didáctico, es evidente a partir del momento en que se permite echarle una mirada: a eso se debe el aislamiento con el que se protege a sí mismo.

Las objeciones que encontró nuestra proposición no dependen en nuestra Escuela de un temor tan orgánico.

El hecho de que se hayan expresado sobre un tema motivado, moviliza ya la autocrítica. El control de las capacidades ya no es inefable por requerir títulos más justos.

La autoridad se hace reconocer en una prueba tal.

Que el público de los técnicos sepa que no se trata de discutirla, sino de extraerla de la ficción.

La Escuela freudiana no podría caer en el *tough* sin humor de un psicoanalista que encontré en mi último viaje a los USA. «Por eso nunca atacaré las formas instituidas –me dice– ellas me aseguran sin problemas una rutina que me es cómoda.»



## **DISCURSO A LA EFP 6 DE DICIEMBRE DE 1967**

El inmiscuir yo, desde el curso pasado, la función del acto en la red (cualquiera que fuera el uso que hicieron de este término determinadas opiniones expresadas en su tiempo), en el texto, digamos, del tejido de mi discurso, que yo inmiscuyera el acto era condición previa para que mi propuesta llamada del 9 de octubre saliese a la luz.

¿Será acto dicha propuesta? Eso depende de sus consecuencias, desde la primera en producirse.

Este auditorio, a quien fue dirigida y que es su aval, lo escogí yo dentro de la Escuela, por constituir en ella dos clases. Esto tendría que querer decir que en la Escuela hay más posibilidades de sentirse iguales que en otros lugares, y al mismo tiempo tendría que salvar un handicap práctico.

Yo respetaba lo aproximado de la selección de la cual salieron los AE y los AME, tal como vienen censados en el listado de 1965, acerca del cual surge la pregunta de si tiene que mantenerse como producto mayor de la Escuela.

Respetaba, con motivo, lo que se merecía la experiencia de cada uno en cuanto que evaluada por los demás: una vez realizada la selección, cualquier respuesta de clase implica la igualdad supuesta, implica la equivalencia mutua; cualquier respuesta cortés, se entiende.

Inútil pues que nadie, por creerse un figura, nos ensordezca con los derechos adquiridos por su «escucha», con las virtudes de su «control», con su gusto por la clínica, ni tampoco que tome la pose del sabihondo de su clase.

La señora X y la señora Y valen entre esas figuras tanto como los señores P y V.

Sin embargo se puede admitir que debido al modo en que se realizó siempre la selección en las sociedades de psicoanálisis, hasta el modo en que nosotros mismos fuimos seleccionados, se puede admitir que una estructuración más analítica de la experiencia prevalezca en algunos.

Pero cómo se distribuye esta estructuración, de la cual nadie, que yo sepa, salvo aquel personaje que representó a la medicina francesa en el comité director de la Internacional Psicoanalítica, pueda pretender que sea un dato (él dice un ¡don!), éste es el primer punto que habrá que indagar. El segundo punto entonces viene a ser: constituir clases tales que no solo respeten dicha distribución sino que, por servir para producirla, la reproduzcan.

Estos son tiempos que merecerían subsistir en esta producción misma; a

falta de la cual la cuestión de la calificación analítica puede verse planteada desde donde se quiera: y no especialmente en lo que concierne a nuestra Escuela, como quieren persuadirnos aquellos que la quieren adaptada.

Por deseable que sea tener una superficie (que con gusto iríamos a derribar desde el interior) no tiene más alcance que intimidar y no ordenar.

Lo inadecuado no es que cualquiera se atribuya la superioridad, incluso lo sublime de la escucha, ni tampoco que el grupo se garantice con sus márgenes terapéuticos, lo inadecuado es que infatuación y prudencia sustituyan a la organización.

¿Cómo esperar hacer reconocer un estatuto legal a una experiencia de la cual no se sabe ni siquiera responder?

Para honrar los *non licet* que he recibido, no puedo menos que introducir la elusión enfocada de forma curiosa, a partir de ese «ser el único» [*être le seul*] con el cual presumen de saludar ahí la infatuación más común en medicina, ni siquiera para cubrirlo con el «estar solo» [*être seul*], que es para el psicoanalista realmente el paso con el cual entra en oficio cada mañana, lo cual ya sería abusivo, sino para con este «ser el único» justificar el espejismo de hacer de ello el chaperón de dicha soledad.

Así es cómo funciona el *i(a)* con que se imaginan el yo y su narcisismo, al meter una casulla a ese objeto *a* que hace la miseria del sujeto. Y esto porque el objeto (*a*), causa del deseo, por encontrarse a merced del Otro angustia a veces y se reviste contrafómicamente con la autonomía del yo, como lo hace el cangrejo ermitaño con cualquier caparazón.

Se hace, por lo tanto, deliberado artificio de un *organon* denunciado, y yo me pregunto qué debilidad estará animando una homilía tan poco digna de lo que está en juego. ¿Acaso no consiste el *ad hominem* en darme a entender que se me está protegiendo de los demás, mostrándoles que son iguales a mí, lo que permite alegar que se me está protegiendo de mí mismo?

Pero si efectivamente yo estaba solo, solo al fundar la Escuela y también al enunciar el correspondiente acto, lo dije tal cual: «solo como siempre lo he estado en mi relación con la causa analítica...» ¿Acaso por ello me creí el único [*le seul*]? Ya no lo estaba desde el momento mismo en que uno solo me seguía, y no por casualidad, ése cuyos favores presentes interrogo. Con todos vosotros, en lo que estoy haciendo solo ¿pretendería yo estar aislado?

¿Qué tiene que ver ese paso, por darlo solo, con creerse uno el único en seguirlo? ¿Acaso no me fío yo de la experiencia analítica, es decir lo que ella me llega por parte de quien se despabiló solo con ella? ¿Acaso creo yo ser el único en tenerla? Si así fuera ¿para quienes estaría yo hablando? Es más bien por llenarse la boca con la escucha —la única por ser la suya—, lo que en ocasiones haría de mordaza.

No hay homosemia entre el único [*le seul*] y solo [*seul*] [solo].

Precisamente a mi soledad renunciaba yo al fundar la Escuela y ¿qué tiene que ver esta soledad con aquella que sostiene el acto psicoanalítico, sino poder uno disponer de su relación con dicho acto?

Porque si esta semana, volviendo a dictar mi seminario, sin más demora

he planteado el acto psicoanalítico, y los tres términos para interrogarlo sobre su fin: objetivo ideal, clausura, aporía de su transmisión, ¿no es notable que, entre los eminentes que aquí me niegan su consecuencia, esos mismos cuyos hábitos (hábito de los otros) consiste en asistir para que aquí se los vea, ninguno haya aparecido? Si después de todo mi proposición les apasiona hasta el punto de reducirlos a murmurar, ¿no hubiesen podido esperar de una articulación patente el que les ofreciera puntos para refutar?

Pero justamente porque yo no estoy solo para preocuparme por este acto, se escabullen ante quien es el único en arriesgarse a hablar de él.

Lo que he obtenido de un sondeo confirma que se trata de un síntoma, tan psicoanalíticamente determinado como lo requiere su contexto y como lo es un acto fallido, si lo que lo constituye es excluir dar cuenta de ello.<sup>1</sup>

Ya se verá si esta manera de adornarse es con la que se gana, incluso devolviéndome la pregunta: si por no asistir queda todo claro. No quieren avalar el acto. Pero el acto no depende de la audiencia alcanzada para la tesis, sino de que su proposición quede para todos legible en la pared, sin que se enuncie nada en contra.

Por eso fuisteis requeridos para responder a esa proposición y sin demora. ¿Se consideraría aquí la prisa como vicio de forma? ¿No habré dicho acaso lo que se olvida de la función lógica de la prisa?

Se debe a la necesidad de un determinado número de efectuaciones que tiene mucho que ver con el número de participantes para que se reciba de ellos una conclusión, pero no se debe a ese número, porque la conclusión depende en su verdad misma de los fracasos [*ratages*] que constituyen dichas efectuaciones como tiempo.

Aplicad mi cuento de los presos, puestos en la prueba de tener que justificar qué marca llevan (blanca o negra) para obtener la libertad: porque algunos saben que no saldréis, por más que digan, por eso pueden convertir su salida en amenaza, cualquiera que sea vuestra opinión.

Lo inaudito es que mi operación –quién pudiera creerlo salvo escuchándolo grabado en la cinta– se identifique con el fantasma sadiano que dos personas consideran plasmado en mi proposición. «La postura se rompe» dice el uno, pero es por construcción. El otro sacó a relucir la clínica.

Sin embargo, ¿dónde está el daño? cuando no va más allá de lo que sufre el personaje nebuloso de la historia que, después de palpar a tientas una reja, encuentra un barrote con una marca y concluye: «Los cabrones, me han encerrado». Pero la reja era del Obelisco y estaba él jen medio de la Plaza de la Concorde!

¿Dónde está el adentro y dónde el afuera?: los presos al salir –no los de mi apólogo– se hacen la pregunta, según parece.

Y yo se la propongo al que bajo el impacto de una chispa tan filosófica (antes de mi proposición) me confesaba (puede que solo soñara en mi presencia) el prestigio que sacaría en nuestro mundillo por dar a conocer que me dejaba, si sus ganas llegaran a dominar.

<sup>1</sup> Así, alguien, no tiene ninguna intención de no venir, solo que a esa hora tiene cita con su dentista.

Que en esta prueba sepa que aprecio bastante su abandono como para pensar en él, cuando me lamento de tener tan poca gente a quien comunicar las alegrías que me suceden.

No penséis que yo también me desintereso. Simplemente despego de mi proposición lo suficiente como para que conste que me divierte que escape su flacura, la cual debería relajar los ánimos aunque la apuesta no sea flaca. En fin no tengo conmigo sino Suficiencias huecas, en todo caso faltas de humor.

[¿Quién se dará cuenta que mi proposición se ordena por el modelo del chiste, por el papel de la *dritte Person*?]<sup>2</sup> Pues si bien está claro que todo acto no es sino figura más o menos completa del acto psicoanalítico, ninguno hay que lo supere. La proposición no es acto en segundo grado, sino nada más que el acto psicoanalítico, que vacila, por encontrarse ya en curso.

Siempre coloco balizas para que se orienten en mi discurso. En el encajamiento de este curso luce la que se homologa de que no hay Otro del Otro (de hecho), ni verdadero sobre lo verdadero (de derecho): tampoco hay acto del acto, a decir verdad impensable.

Mi proposición se aloja en este punto del acto, por el cual se verifica que nunca se consigue tan bien como fallando, lo cual no implica que el fallo sea su equivalente, dicho de otro modo: que pueda ser considerado un logro.

Mi proposición no ignora que el discernimiento al que apela implica captar esa no reversibilidad como dimensión: [otra escansión del tiempo lógico, el momento de fallar logra el acto solo si el instante de pasar por él no fue pasaje al acto, porque el tiempo parece seguir para comprenderlo].<sup>3</sup>

Bien se ve por la acogida que no he pensado en este tiempo. Solo sope sé que la proposición debía empezar.

Que la proposición plantee el acto psicoanalítico desde el ángulo por el cual se instituye en agente, solo falla para aquellos que hacen de la institución el agente de dicho acto, o sea para quienes separan el acto instituyente del analista del acto psicoanalítico.

¡Eso sí que es fallar, y de ninguna manera un éxito!

Mientras que el instituyente solo se abstrae del acto analítico por producir ahí una falla [*manque*], justamente por haber logrado poner en entredicho [*mettre en cause*] al sujeto. Por lo tanto, porque ha fallado llega el éxito a la vía del psicoanalizante, cuando viene por el *après-coup* del deseo del analista y por las aporías que demuestra.

Tales aporías las ilustré hace un momento con una broma más actual de lo que parece, puesto que si lo nebuloso del héroe le permite reír a quien escucha, es porque lo sorprende el rigor de la topología construida por esa nebulosa.

Así el deseo del psicoanalista es ese lugar del cual se está fuera sin pensar en ello, pero donde encontrarse en él es haber salido de verdad, o sea no haber tomado esta salida sino como entrada, que no obstante no es cual-

2 Esto ha sido eludido en la respuesta, por lo cual lo enmarco entre corchetes; indico esta estructura porque aún nadie la advirtió...

3 La misma observación.

quiera porque es la vía del psicoanalizante. No eludiré que describir dicho lugar con un recorrido de infinitivos, dice lo inarticulable del deseo, un deseo sin embargo articulado por el «sentido salida / sin salida» [*sens issue*]<sup>4</sup> de dichos infinitivos, o sea por lo imposible con que acabo este rodeo.

Aquí es donde un control no parece superfluo, aunque se necesitó más para dictarnos la proposición.

Es muy distinto que controlar un «caso»: un sujeto (subrayo) al que su acto desborda, eso no es nada, pero si él desborda a su acto produce la incapacidad que vemos florecer en el cantero de los psicoanalistas: [y que se manifestará ante el asedio del obsesivo por ejemplo, cediendo ante su demanda de falo, al interpretarlo en términos de coprófago fijándola así a su cagada, para que finalmente le fallemos a su deseo].<sup>5</sup>

¿A qué tiene que responder el deseo del psicoanalista? A una necesidad que no podemos teorizar sino como deber hacer el deseo del sujeto como deseo del Otro, o sea hacerse causa de ese deseo. Pero para satisfacer dicha necesidad hay que tomar al analista tal como es en los hechos, lo cual no le permite hacerlo bien en todos los casos de la demanda, acabamos de ilustrarlo.

La corrección del deseo del psicoanalista queda abierta, por lo dicho, a retomar el cayado del psicoanalizante. Sabemos que son palabras en el aire. Y digo que así será hasta que las necesidades no se juzguen a partir del acto psicoanalítico.

Por eso mismo mi proposición es interesarse por el pase donde el acto podría captarse en el tiempo en que se produce.

Ciertamente no para volver a colocar a nadie en el banquillo, pasado ese momento ¿quién pudiera temerlo? Pero vieron tocado el prestigio de los galones. Eso permite medir la potencia del fantasma de donde surgieron, recién cocidos para vosotros la última vez, los primeros sobresaltos que lanzó la institución que llaman internacional, antes de que esa fuera su consolidación.

Esto, para ser justo, muestra que nuestra Escuela no va por un camino tan malo al consentir lo que algunos quieren reducir a la gratuidad de aforismos cuando se trata de los míos. Si no fueran efectivos, ¿cómo hubiera podido desenmascarar con una alineación alfabética ese replegarse que regula la respuesta a cualquier llamado a opinión en un convento analítico, incluso haciendo remedo de debate científico que no se anima ante ninguna comprobación.

De ahí por contraste el estilo de salida que toman allí las intervenciones, maltratando al otro; y cómo se convierten en blanco los que se arriesgan a discrepar. Costumbres tan molestas para el trabajo como reprochables ante la idea, por simple que la quieran, de una comunidad de Escuela.

Si adherirse a la Escuela significa algo ¿no será para que a la cortesía —que según dije es el lazo más estricto entre las clases— se añada la confraternidad en toda práctica donde éstas se unen?

4 [*sens issue* = «sentido salida» resuena por homofonía con «sin salida». (N.T.)]

5 La misma observación. Añadir que esto es propio para dar un peso muy distinto a esa red, tema polémico de aquel debate.

Pero, al solicitar que opinasen los más sabios, era perceptible que el acto psicoanalítico se estaba traduciendo con un matiz de inquina, para que el tono fuera subiendo según iba desapareciendo toda posibilidad de evitación.

Porque si escuchándolos se vuelve notorio que se entra en ello más adelante por querer salirse de él ¿cómo –salvo estando desbordado– no fiarse de su estructura?

Bastaría, me parece, una red más seria para ceñirla. Ya veis cuánto me importan esas palabras que quieren desafortunadas.<sup>6</sup> Apuesto a que me los ganaré si les conservo mis favores.

No hablo del vuelco que se vaticina para mis aforismos. Esta palabra la creía destinada a llevar más alto el genio de quien no vacila en degradar así su uso.

Mientras tanto, es precisamente confesando la garantía que ella cree deber a su red tomada en el sentido de sus pupilos a título del didáctico, como desde un primer momento y reiterándolo formalmente, una persona a quien rendimos homenaje por el lugar que supo tomar en el medio psiquiátrico en nombre de la Escuela, declaró deber oponerse a toda consecuencia que resultara de mi proposición. La argumentación que vino a continuación fue una opción partidaria: ¿acaso considera como zanjado que la didáctica no podría no resultar afectada? Ya, pero ¿por qué en el peor sentido? Aún no lo sabemos.

No veo ningún inconveniente en que la parte de la red que se instituye en patronazgo del didáctico sobre su camarilla, cuando ésta lo consiente, sea propuesto a la cavilación con tal que un poco de razón haga de ello un motivo de éxito: pero consultad su valiosa denuncia en el *International Journal*, os informará sobre las consecuencias de tanto coraje.

Precisamente a mí me parecía que la proposición no denunciaba la red sino que en su disposición más minuciosa le cortaba el paso. De ahí que me extrañe menos que se alarmen por la tentación que ofrece a los pundo-norosos de la contrared. Lo que me impedía la vista ¿era sin duda rehusar extrañarme de que mi red no me estrangulase?

Tampoco me detendré en discutir una expresión como «plena transferencia» en su uso de algarabía. Me río porque todos saben que es el golpe bajo más usual por dar siempre resultado en un campo en el que los intereses se salvaguardan tanto como en cualquier lado.

Hasta cuando no se está en el ajo, es llamativo percibir, en determinados pasquines de difusión previa, que la red mía resultaría más peligrosa que las demás por tejerse desde la *rue de Lille* hasta la *rue d'Ulm*.<sup>7</sup> ¿Y qué?

No creo en el mal gusto de aludir a mi red familiar. Hablemos de mi «*bout d'Oulm*» (así parecerá Lewis Carroll) y de sus *Cahiers pour l'analyse*.

¿Acaso propongo instalar mi «*bout d'Oulm*» entre los AE? ¿Y por qué no, si por casualidad un grupito *d'Ulm* se fuera a analizar? Ahora, tomada

6 Véase algunas líneas más abajo.

7 Desde mi consulta hasta la *École Normale Supérieure* donde entonces tenía lugar mi seminario y era escuchado por una generación.



en este sentido, mi red, lo afirmo, no tiene a ningún «*normalien*» que se haya apuntado, ni esté a punto de hacerlo.

Pero la red de que se trata tiene para mí otra trama por representar la expansión del acto psicoanalítico.

Al captar a unos sujetos que no vienen preparados por la experiencia que lo autoriza, mi discurso prueba que aguanta induciendo dichos sujetos a constituirse por sus exigencias lógicas. Lo cual sugiere que quienes tienen la susodicha experiencia no perderían nada en formarse por las consecuentes exigencias, para luego restituirselas en su «escucha», en su mirada clínica y ¿por qué no? en sus controles; donde no las hace más indignas de ser oídas el que puedan servir en otros campos.

Porque la experiencia del clínico así como la escucha del psicoanalista no tienen por qué estar tan aseguradas de su eje como para no valerse de los puntos de orientación estructurales que de dicho eje hacen lectura. Ellos no serán demasiados para transmitir esta lectura, quién sabe: para modificarla, por lo menos para interpretarla.

Y no aduciré, por no ofender, los beneficios que la Escuela saca de un éxito que durante mucho tiempo conseguí apartar de mi trabajo y que, habiendo llegado, no lo afecta.

Esto me recuerda a un llamado pavo (en inglés) cuyas propuestas indecentes tuve que soportar en julio del 62, antes de que una comisión de investigación de la que era el alcahuete, pusiera en juego a su sicario. El día previsto para el veredicto, convenido desde el principio de la negociación, el susodicho saldaba sus cuentas con mi enseñanza, más de diez años entonces, adjudicándome el papel de sargento de leva, mientras las orejas de los que colaboraban con él se mantenían sordas ante lo que les retornaba, a ellos, de la historia inglesa al jugar a reclutas borrachos.

Algunos son más quisquillosos hoy día ante el aspecto expansivo de mi discurso. Al tranquilizarse con un efecto de moda en este afluir de mi público, aún no perciben que podría verse impugnado el derecho de prioridad que creen tener sobre este discurso por haberlo guardado bajo su colchón.

Eso es lo que mi proposición contrarrestaría, al reanimar en el campo del psicoanálisis sus justas consecuencias.

Ahora bien, convendría que no fuera de este campo de dónde viniera el término no-analista para una labor que reconozco cuando lo veo resurgir: siempre que mi discurso instaure un acto en sus efectos prácticos, ese término tilda a los que así la entienden.

Eso para ellos no es grave. Demostró la experiencia que para caer en gracia la prima que pagan es baja. Quienes se separan de mí volverán a ser analistas de pleno ejercicio, al menos por la investidura de la Internacional Psicoanalítica. Un pequeño voto para excluirme, ¿qué digo? ni siquiera: una abstención, una excusa ofrecida a tiempo y recobran todos sus derechos en la Internacional, aunque formados de cabo a rabo por mi práctica intolerable. Hasta podrán usar mis términos, con tal de no citarme ya que entonces no tendrán más consecuencias por el ruido que se ha hecho para tapparlos. Que aquí nadie lo olvide: la puerta no ha vuelto a cerrarse.

Sin embargo para volver a ser analista existe otro medio que indicaré más adelante porque vale para todos, y no solo para los que me deben su tropiezo, tal como una llamada banda de Moebius, auténtica caterva de no-analistas.<sup>8</sup>

Y es que cuando llegan a escribir que mi proposición tendría como meta entregar el control de la Escuela a unos no-analistas, no puedo menos que recoger el guante.

Y jugar a decir que efectivamente ese es el sentido: quiero colocar unos no-analistas en el control del acto analítico, si hay que entender con esto que la presente situación del estatuto del analista no solo lo lleva a eludir dicho acto, sino también degrada la producción para la ciencia que dependiera de ello.

Si el caso fuera otro, sí se esperaría una intervención de personas ajenas al campo en cuestión. Si esto aquí no se concibe es debido a la experiencia de la que se trata, aquella llamada del inconsciente, puesto que a partir de ella se justifica muy someramente el análisis didáctico.

Pero si se toma el término analista en el sentido en que a tal o a cual puede imputársele no estar a la altura por un condicionamiento difícil de captar o por un estándar profesional, el no-analista no implica el no-analizado, que naturalmente, teniendo en cuenta la puerta de entrada que le doy, no pienso hacer acceder a la función de analista de la Escuela.

No se trata ni siquiera del no-practicante, aunque admisible en este lugar. Digamos que pongo allí a un no-analista en perspectiva, ese que se puede captar antes de que al precipitarse en la experiencia, experimente, según parece que fuera la regla, una amnesia de su acto.

¿Cómo concebir de otro modo que yo deba hacer emerger el pase (cuya existencia nadie me discute)? Y eso, reforzándolo con el suspense que introduce su cuestionamiento con fines de examen. De esta precariedad entiendo que se sustenta mi analista de la Escuela.

En suma, a éste entrego la Escuela, o sea, entre otras la carga, en primer lugar, de detectar cómo los «analistas» solo tienen una producción estanca –sin salida teórica fuera de mi intento de reanimarla– donde convendría medir la regresión conceptual, incluso la involución imaginaria, en sentido orgánico (la menopausia ¿por qué no? y ¿por qué no hemos visto nunca invención alguna de algún joven en psicoanálisis?)

No propongo esta tarea sino para que surja una reflexión (quiero que repercuta) sobre lo abusivo de confiarla al psicólogo, incluso al estudio de mercado, empresa que os pasó desapercibida (o bien, entonces como semblante está logrado) cuando la dotó con su éjida un psicoanalista profesor.

Pero observen que si alguien demanda un psicoanálisis para proceder sin duda, ésta es vuestra doctrina, en lo que tiene de confuso su deseo de ser analista, esa misma procesión por caer de derecho bajo el golpe de la unidad de la psicología, ahí va a caer de hecho.

---

<sup>8</sup> Rejunte con que se armó el primer número de *Scilicet* cuya salida fue pronto objeto de curiosas maniobras, cuyo escándalo para algunos solo residió en su divulgación. En la fecha del 6 de diciembre esto aún estaba por venir.

Por lo tanto, desde otra parte, desde el acto analítico solamente es preciso situar lo que articulo sobre «el deseo del psicoanalista», que no tiene nada que ver con el deseo de ser analista.

Y si ni siquiera se sabe decir, sin hundirse en lo confuso desde lo «personal» hasta lo «didáctico», lo que es un psicoanálisis que introduce a su propio acto, ¿cómo esperar que pueda salvarse este handicap ajustado para alargar su circuito, y que se debe a que en ninguna parte el acto psicoanalítico viene diferenciado de la práctica profesional que lo recubre?

¿Será preciso esperar a que exista el uso de mi no-analista sosteniendo esa diferenciación para que –con un psicoanálisis (algún día uno primero) solicitado como didáctico sin que el envite sea instalarse– algo surja de un orden que pierde su fin a cada instante?

Pero la demanda de este uso ya es una retroacción del acto psicoanalítico, es decir que parte de él.

Que una asociación profesional no pueda satisfacerla, producirla tiene por resultado forzar a confesarlo. Entonces se trata de saber si se puede responder a semejante demanda desde otro lugar, desde una Escuela por ejemplo.

Quizá esta podría ser un móvil para que alguien pidiera un análisis a un analista miembro de... la Escuela, sin la cual ¿en nombre de qué podría esperarlo? ¿en nombre de la libre empresa? que se instale entonces otro negocio.

A decir verdad, el riesgo que se toma en la demanda que solo se articula con que emerja el analista, objetivamente debe ser tal que el que responde con la condición de asumirla, es decir ser analista, dejará de tener la inquietud de tener que frustrarla, al tener bastante que pelear para gratificarla con que surja algo mejor de lo que está haciendo de momento.

Forma de escucha, modalidad de clínica, tipo de control, quizá con más soporte en su objeto presente al apuntar más a su deseo que a su demanda.

El «deseo del psicoanalista», este es el punto absoluto con el que se triangula la atención hacia lo que, por esperado, no se debe dejar para mañana.

Pero plantearlo como lo hice, introduce la dimensión en que el analista depende de su acto, localizado a partir de lo falaz de lo que lo satisface, asegurándose de no ser lo que allí se hace.

Por eso mismo en este sentido el atributo del no-psicoanalista es el aval del psicoanálisis, y es lo que pretendo de unos no-analistas, que se diferencien por lo menos de los analistas de hoy, de los que pagan su estatuto con el olvido del acto que lo funda.

A los que me siguen por esta vía, y sin embargo echarían de menos una calificación más descansada, doy, como lo había prometido, otra alternativa que no es dejarme: que se adelanten a mi discurso hasta dejarlo vetusto. Por fin sabré que no ha sido vano.

Mientras tanto tengo que sufrir unas extrañas músicas. He aquí la fábula en curso del candidato que cierra un contrato con su psicoanalista: «Tú me tomas a mis anchas, yo te ayudo a trepar. Tan fuerte como listo (quien sabe, alguno de esos *normaliens* que denormalizaría a una sociedad entera con

esas ocurrencias petulantes que tiene todo el tiempo de guisar durante sus años de holgazanería), pasan desapercibidos, los confundo, y tú pasas como anillo al dedo: analista de la Escuela según la proposición».

¡Maravilloso! Con solo engendrar semejante ratón, mi propuesta se vuelve ella misma un roedor. Y yo pregunto: esos cómplices, ¿qué podrán hacer a partir de ahí sino un psicoanálisis en que ni una palabra podrá sustraerse al toque de lo verídico, malográndose cualquier engaño por gratuito? En resumen, un psicoanálisis sin meandros. Sin los meandros que constituyen el curso de todo psicoanálisis porque ninguna mentira escapa a la pendiente de la verdad.

Pero ¿qué quiere decir esto en relación al contrato imaginado, si éste no cambia nada? Que es fútil o bien que, incluso aunque nadie se entere, es tácito.

Porque ¿no se encuentra acaso el psicoanalista siempre, a fin de cuentas, a merced del psicoanalizante? Y tanto más cuanto que el psicoanalizante no puede ahorrarle nada si él tropieza como psicoanalista, y si no tropieza, menos aún. Por lo menos así nos lo enseña la experiencia.

Lo que no puede ahorrarle es ese *deser* [*désêtre*] por el que se ve afectado, como término que se debe asignar a cada psicoanalista, término que me sorprende encontrar en tantas bocas desde mi proposición, atribuido al que asesta el golpe, que por encontrarse en el pase solo puede verse connotado por una destitución subjetiva: el psicoanalizante.

Para hablar de la destitución subjetiva, sin entregar la solución del parloteo al pasador, parloteo cuyas formas al uso actualmente ya están haciendo soñar con su vara de medir, lo abordaré desde otro lugar.

Se trata de entender que no es la destitución subjetiva la que produce *deser*, más bien produce *ser*, singularmente y fuerte. Para tener alguna idea, suponed la movilización de la guerra moderna tal como se le presenta a un hombre de la «belle époque». Esto se encuentra en el futurista que lee ahí su poesía, o en el publicista que provoca una gran tirada. Pero en cuanto al efecto de *ser*, se palpa mejor en Jean Paulhan: *El guerrero aplicado*, esto es la destitución subjetiva en su salubridad.

O también, imagíneme en el 61, sabiendo que servía para que mis colegas volvieran a la Internacional, a costa de que mi enseñanza fuera ahí. Sin embargo prosigo esta enseñanza, aunque me cueste no ocuparme sino de ella, sin oponerme siquiera al trabajo que realizan para apartar de ella a mi auditorio.

Estos seminarios, ante los cuales alguien recientemente, sin segundas intenciones me pareció, al releerlos exclamaba ante mí que mucho debía haber amado yo a aquellos para quienes proseguía mi discurso, ahí tienen otro ejemplo de destitución subjetiva. Y bien, doy testimonio, uno [*on*] es «*ser*» y fuerte en este caso, hasta el punto de parecer amar, ¡vaya!

Nada que ver con el *deser* [*désêtre*], sobre el cual la cuestión es saber cómo puede afrontarlo el pase ataviándose con un ideal cuyo *deser* se despeja, precisamente porque el analista ya no soporta la transferencia del saber que se le supone.

A eso respondía probablemente el «¡Heil!» del *Kapo* a quien me referí antes, cuando al sentirse acerbado por su indagación, él mismo cuchicheaba: «necesitamos analistas *trepés* [templados/remojados]». <sup>9</sup> ¿En su caldo quería decir?

No insisto: evocar los campos de concentración es grave, alguien creyó que debía advertirlo. ¿Y silenciarlos?

Prefiero por lo demás recordar el comentario del teórico vecino que desde siempre hizo un amuleto de que se psiconaliza con su ser: su «ser el psicoanalista» naturalmente. En ciertos casos esto está al alcance de la mano en el umbral del psicoanálisis, y a veces ocurre que se conserva hasta el final.

Paso por alto que alguien, que conoce el tema, me presente como fascista, y para acabar con las tonterías, me divierto señalando que mi proposición hubiera impuesto la admisión de Fliess en la Internacional Psicoanalítica, pero advierto que el *ad absurdum* necesita tacto, y que aquí fracasa porque Freud no podía ser su propio pasador, y por lo tanto no podía librar a Fliess de su deser.

Si me fío de los recuerdos tan precisos con que la Señora Blanche Reverchon-Jouve a veces me honra al confiármelos, tengo el sentimiento de que, si los primeros discípulos hubieran sometido a un pasador escogido entre ellos –no digamos su aprehensión del deseo del analista, cuya noción en aquel entonces no era ni siquiera perceptible (si es que alguien la entiende ahora)– solamente su deseo de serlo, el psicoanalista, el prototipo propuesto por Rank en su persona del «yo no pienso» hubiera podido situarse mucho antes en su lugar en la lógica del fantasma.

Y la función del analista de la Escuela hubiese brotado desde un principio.

Porque finalmente es preciso que una puerta esté abierta o cerrada, para que estemos en la vía psicoanalizante o en el acto analítico. Se puede hacerlos alternar como una puerta de vaivén, sin embargo la vía psicoanalizante no se aplica al acto psicoanalítico, cuya lógica está en su consecuencia.

Estoy demostrando al escoger para mi seminario determinadas propuestas discretas ahogadas por la literatura psicoanalítica, que cada vez que un psicoanalista capaz de consistencia hace prevalecer un objeto en el acto analítico (véase el artículo de Winnicott), <sup>10</sup> se ve obligado a declarar que la vía psicoanalizante solo puede rodearlo. ¿No es acaso indicar el único punto desde donde puede pensarse esto: el psicoanalista mismo en cuanto causa del deseo?

Bastante he dicho, me parece, para que se entienda que no se trata en absoluto de analizar el deseo del psicoanalista. No nos atreveremos ni si-

<sup>9</sup> [ *trepés* se refiere tanto a la dureza del acero «templado» como «remojado / empapado». (N.T.) ]

<sup>10</sup> Ver *On transference*, I.J.P., octubre 1956, número IV-V, páginas 386-388. Artículo que introduje el 29 de noviembre de 1967 para indicar cómo el autor solamente ubicó un objeto privilegiado de su experiencia, calificándolo de *false self*, al excluir su maniobra de la función analítica, tal como la sitúa. Sin embargo solo articula ese objeto con el proceso primario tomado de Freud. Detecto allí el lapsus del acto analítico.

quiera a hablar de su ubicación nítida, antes de articular aquello que lo hace exigible para la demanda del neurótico, la cual nos señala el punto donde dicho deseo no es articulable.

Ahora bien, la demanda del neurótico es precisamente lo que condiciona la prestancia profesional, la alharaca social con la que actualmente se forja la figura del psicoanalista.

No es dudoso que favorezca, con semejante estatuto, el desgranamiento de los complejos identificatorios, pero tiene su límite: ciertamente de rebote produce opacidad.

Tal es, designado por la pluma del mismo Freud, el famoso narcisismo de la pequeña diferencia, perfectamente analizable sin embargo al relacionarlo con la función que en el deseo del analista ocupa el objeto (a).

El psicoanalista, como dicen, acepta ser mierda, pero no siempre la misma. Es interpretable con la condición de que se dé cuenta de que ser mierda es verdaderamente lo que quiere, a partir del momento en que se hace hombre de paja del sujeto-supuesto-saber.

Por lo tanto, lo que importa, no es ésta o aquella otra mierda. Tampoco es cualquiera. Lo importante es que capte que esa mierda no es suya, ni siquiera del árbol al que recubre en el bendito país de los pájaros: donde más que oro vale un Potosí.

El pájaro de Venus es cagón. Sin embargo la verdad nos llega en las patitas de las palomas, ya lo hemos visto. No es motivo para que el psicoanalista se tome por la estatua del Mariscal Ney. No, dice el árbol; dice no para ser menos rígido y hacer que el pájaro descubra que permanece demasiado sujeto a una economía animada por la idea de la Providencia.

Ya veis que soy capaz de adoptar el tono al uso cuando estamos entre nosotros. Algo he tomado de cada uno de los que dieron su opinión sin saña, me atrevo a decirlo: ya lo veréis con el tiempo, que lo decanta todo, como el eco del «¿lobo estás?».

Concluyendo. Mi proposición hubiera cambiado solo un pelín la demanda del análisis con fines de formación. Bastaba ese pelín, bastaba con que se supiese de su práctica.

Mi proposición permitía un control no ajeno a sus consecuencias. No contestaba ninguna posición establecida.

A ella se oponen quienes que serían convocados para su ejercicio. No puedo imponérselo.

Tan sutil como un pelo, no tendrá que medirse con la magnitud de la aurora.

Bastaría con que la anuncie.

Aquí dejo el discurso, careciendo de interés en este 1º de octubre de 1970 las disposiciones prácticas que lo cierran. Sin embargo conviene que se sepa que, al no leerse, se dijo de otro modo, como lo testimonia además la versión grabada al seguirla línea a línea. Aquellos que la recibieron, por solicitarlo, podrán apreciar la inflexión de su sintaxis hablada.

Aquí se hace más paciente, por lo candente del punto en juego.

El pase, o sea aquello cuya existencia nadie me disputa, aunque la víspera el batallón desconociera el rango que acabo de darle, el pase es ese punto en que habiendo logrado el término de su psicoanálisis, alguien da el paso de tomar el lugar que el psicoanalista sostuvo en ese recorrido. Entiendan bien: para operar allí como quien lo ocupa, aun cuando de dicha operación él no sabe nada, salvo aquello a lo cual la experiencia redujo al ocupante.

¿Qué revela que aplaudiendo que yo subraye así este giro, sin embargo se pongan a la disposición más evidente que se obtiene: o sea ofrecer a quien lo quiera poder testimoniar de dicha experiencia, a cambio de encargarle la tarea de esclarecerla posteriormente?

Evidentemente se palpa aquí esa distancia, que me debe su dimensión, distancia que en todo el mundo separa al fulano de quien han investido, o que se inviste, poco importa, en todo caso que constituye la sustancia de una calificación: formación, habilitación, apelación más o menos controlada, es todo uno, es hábito, incluso *habitus* que este fulano lleva, la distancia digo que separa al fulano del sujeto que aquí llega solo por la división primera que resulta de que un significante no lo represente sino para otro significante: *Ur*, en el *urigen* (el punto de partida lógico) está reprimido. Con lo cual, si se lo resaltara (no puede darse el caso porque, como dice Freud, es el ombligo del inconsciente), se enredaría entonces con su representante: lo cual dejaría la representación de la que él se imagina ser la cámara negra –cuando solo es el caleidoscopio– en un desbarajuste tal que no le facilitaría encontrar los efectos de simetría que aseguran su izquierda y derecha, sus deberes y culpas, y que le volvería a asentar en el regazo del Eterno.

Tal sujeto no viene dado por una intuición que resulte feliz para sostener la definición de Lacan.

Pero el extremismo de esta última desmarca las implicaciones con que se adorna la rutina de la calificación tradicional, las necesidades que resultan de la división del sujeto: del sujeto tal como se elabora por el hecho del inconsciente, o sea del *hic*, que ¿tendré que recordarlo? habla mejor que él, al estar estructurado como un lenguaje, etc.

Este sujeto no se despierta sino porque para cada uno en el mundo, el asunto sea otro que el de ser fruto de la evolución que hace de la vida un *connaissance* [conocimiento] de dicho mundo: sí, un *connerie-sens* [tonto-sentido] con que puede todo el mundo dormir tranquilo.

Tal sujeto se construye con toda la experiencia analítica cuando Lacan con su álgebra intenta preservarlo del espejismo de ser Uno: por la demanda y el deseo que plantea como instituidos por el Otro, y por la barra que ahí viene porque es el propio Otro, haciendo que la división del sujeto se simbolice con la S barrada, y éste –sujeto entonces de afectos imprevisibles, de un deseo inarticulable desde su lugar, se hace una causa (como quien dice, se aguante)– se hace una causa del plus-de-gozar, del cual sin embargo, al situarlo con el objeto *a*, Lacan demuestra el deseo articulado, por supuesto, pero desde el lugar del Otro.

Todo esto no se sostiene con cuatro palabras, sino con un discurso que,

remarquémoslo, primero fue confidencial, y que su paso al público no autoriza en nada a otro fanal igualmente velado dentro del marxismo, a permitirse decir que el Otro de Lacan es Dios situado como tercero entre el hombre y la mujer. Esto para dar el tono de lo que Lacan encuentra como apoyo fuera de su experiencia.

Sin embargo resulta que un movimiento que llaman estructuralismo, notorio por denunciar el retraso respecto a su discurso, y una crisis, en que la universidad y el marxismo se ven reducidos a nadar, no hacen impensable estimar que el discurso de Lacan se confirma, y tanto más cuanto que la profesión psicoanalítica está allí ausente.

Con lo cual este fragmento adquiere su valor por indicar ante todo desde donde se fomentaba una proposición: el tiempo del acto, para el cual ninguna contemporización era aceptable puesto que es ahí mismo donde está el resorte de su obturación.

Sería divertido puntuar ese tiempo con el obstáculo que pone de manifiesto. Consultando en un «Directorio» quien se lo toma a la ligera al sentirse aun juez, aunque se distinga tal o cual fervor por dispararse como una flecha antes de captar de dónde viene el viento, pero ya claramente una determinada frialdad al percibir lo que ahí solo puede apagar su propaganda.

Pero de la audiencia más amplia aunque reducida, de la cual prudentemente solicito la opinión, se eleva un temblor entre los que ahí se establecen: que el punto que he dicho quede cubierto para quedar en sus manos. ¿No mostraba yo, acaso, con mi forma de salida discreta en mi *Situation de la psychanalyse en 1956* [Situación del psicoanálisis en 1956] que sabía que una sátira no cambia nada?

Convendría que cambiaran aquellos de quienes depende el ejercicio de la proposición en cuento a nombrar pasadores, a recoger sus testimonios, a sancionar sus frutos. Sus *non licet* superan los *licet* que sin embargo constituyen, sean cuales fueran los *quemadmodum*, una mayoría tan vana como aplastante.

Sin embargo, palpamos allí lo que se obtiene por no haber temporalizado, y no es solamente que –abierta por la conmoción de mayo que agita hasta las asociaciones psicoanalíticas, incluso a los estudiantes de medicina que como sabemos se tomaron su tiempo para adherirse– mi proposición pasara sin dificultad un año y medio más tarde.

Al entregar los temas –solo a los oídos capaces de restablecer la distancia– el tono cuyos motivos se desprenden con ocasión de las opiniones que solicité de oficio, mi respuesta deja una huella propia por el avatar de mi suerte: no digo un progreso, ya se sabe que no lo pretendo, sino un movimiento necesario.

Respecto al acceso a la función de psicoanalista, lo que pueda yo denunciar de la función de la influencia en su planteamiento, la alharaca social de su *gradus*, de la ignorancia cualificada de los que se escoge para responder de ello, eso no es nada al lado del rechazo a conocer lo que hace del sistema un bloque.



Porque basta con abrir el boletín oficial con que la asociación da a sus actos alcance internacional para encontrar, literalmente descrito, tanto y más de lo que yo pueda decir. Alguien me sugirió, al releer mi texto, que precisara el número del *International Journal* al que me refiero. No me tomaré la molestia: ábrase el último. Allí se encontrará, donde un título lo anunciara con este mismo término, la *irreverencia* que acompaña a la formación del psicoanalista: palpamos aquí que se trata de proporcionarle una insignia. Y es que al no conllevar ninguna propuesta para ir más allá en esos *impasses*, como dejo entender más atrás, se admite cualquier coraje.

Digo lo mismo –aunque solamente desde mayo de 1968– de los debates mult copiados que me llegan del Instituto Psicoanalítico de París.

A diferencia de la Escuela donde se produce mi proposición, no llega de esos lugares ningún eco de que alguien dimita, ni de que se lo planteen.

En cuanto a mí, no he forzado nada. Solo tuve que no tomar partido en contra de mi proposición para que ella misma me retornara desde el *floor* –debo decir que bajo fórmulas mejor o peor inspiradas– para que la más segura se imponga de lejos en la preferencia de los votantes, y que la Escuela pudiera nacer al verse aligerada de sus estorbos, sin que éstos tuvieran que lamentarse ni del pago recibido en su momento por los servicios prestados, ni del aura mantenida por su cotización.

Releo las notas que me reprochan este desenlace considerando la pérdida que supone para mí como un signo de falta de sabiduría. ¿Sería acaso mayor que lo que demuestra mi discurso sobre su necesidad?

Sé reconocer lo que hay de transferencia en el curioso odio<sup>11</sup> de los que antaño se vieron impedidos de saber lo que digo, o sea: más allá de lo que se impone de mi saber, el que se me supone, sea el que fuere.

¿Cómo la ambivalencia –por hablar como los que creen que amor y odio tienen un soporte común– no estaría más viva en un sujeto dividido que yo apremie con el acto analítico?

Oportunidad para decir por qué, durante mucho tiempo, solo pude considerar como cuentos el hecho sorprendente –tomándolo bajo su ángulo nacional– de que mi discurso se viera recusado por aquellos mismos que hubieran debido interesarse en el hecho de que sin este discurso el psicoanálisis en Francia sería lo que es en Italia, o en Austria incluso, donde ¡vayan a buscar lo que se sabe de Freud!

La anécdota es en el caso que hay que hacer al amor: ¿cómo será que lo que es regla para cada cual en lo particular provoque semejante inflación en lo universal? Que el amor sea solo encuentro, es decir puro azar (cómico, dije), no puedo desconocerlo en quienes estuvieron conmigo. También les deja sus oportunidades, a lo largo, a lo ancho y a través. No diré lo mismo de los que en mi contra fueron advertidos, el que se lo hayan merecido no cambia nada.

11 ¿Podrá creerse? En el caso con que lo ilustro en *Scilicet* 1, esto se reiteró con el mismo estilo, o sea: una carta que no se sabe por donde cogerla, por lo irreprimible de enviarla o por la confianza en mí que ella expresa. Digo: el sentimiento de mi realidad, está ahí conforme con la idea que se tiene de la norma para esta cuestión y que denunciaré en estos términos: la realidad es aquello sobre lo que se descansa para seguir soñando.

Sin embargo esto me exime a los ojos de los sabios de cualquier atracción por la serie de la que soy el pivote pero no el polo.

Porque el episodio de los que se podría creer que no por azar permanecieron conmigo, permite comprender que mi discurso en nada apacigua el horror del acto psicoanalítico.

¿Por qué? Porque es, mejor dicho sería, el acto que no soporta el semblante.

He aquí por qué el psicoanálisis es en nuestro tiempo el ejemplo de un respeto tan paradójico que traspasa la imaginación, porque se refiere a una disciplina que solo se produce por el «semblante». Hasta tal punto está ahí al desnudo todo lo que se disimula con la economía del goce, que tiemblan los semblantes por los que subsisten religión, magia, piedad.

Solo el psicoanálisis abre lo que funda esta economía en lo intolerable: éste es el goce del que hablo.

Pero al abrirlo, el psicoanálisis al mismo tiempo lo cierra y se alía con el semblante, pero un «semblante» tan impúdico que intimida a cuantos en el mundo guardan las formas.

¿Llegaré a decir que en psicoanálisis no se cree en lo que se hace? Sería desconocer que la creencia, siempre es semblante en acto. Un alumno mío un día dijo sobre esto cosas valiosas: se cree no creer en lo que se declara fingir, pero es un error, porque basta con casi nada, por ejemplo que ocurra lo que se anuncia, para que se perciba que se cree en ello y que creérselo, asusta.

El psicoanalista no quiere creer en el inconsciente para reclutarse. ¿A dónde iría a parar si se diera cuenta de que lo cree por reclutarse mediante los semblantes de creérselo?

El inconsciente, por su parte, no hace semblante. Y el deseo del Otro no es un querer de camelo.

## NOTA ITALIANA

Tal como se presenta, el grupo italiano tiene a su favor que es trípode. Eso puede bastar para poder sentarse encima.

Para hacer asiento del discurso psicoanalítico es hora de ponerlo a prueba: el uso decidirá sobre su equilibrio.

Que piense, «con sus pies», es lo que está al alcance del ser hablante desde su primer vagido.

Haremos bien además en dejar bien sentado, en el punto en el que estamos, que voces a favor o en contra, es lo que decide la preponderancia del pensamiento si los pies marcan tiempos de discordia.

Les sugiero partir de aquello de lo que he debido hacer refundición de otro grupo, nombrándolo, la EFP.

El analista llamado de la Escuela, AE, se recluta de ahora en adelante por someterse a la prueba llamada del pase, a la que sin embargo nada le obliga, puesto que además la Escuela delega en algunos que no se ofrecen a ello, a título de analista miembro de la Escuela, AME.

El grupo italiano, si quiere seguirme, se atenderá nombrar a aquellos que postularán en él su entrada según el principio del pase corriendo el riesgo de que no los haya.

Este principio es el siguiente, que he dicho en estos términos.

El analista no se autoriza más que por sí mismo, eso cae por su peso. Poco le importa una garantía que mi Escuela le da sin duda con la cifra irónica del AME. No es *con eso* con lo que opera. El grupo italiano no está en condiciones de proporcionar esa garantía.

Sobre lo que ha de velar, es que al autorizarse por sí mismo no haya sino analista.

Pues mi tesis, inaugurante por romper con la práctica con la que pretendidas Sociedades hacen del análisis una integración en un cuerpo, no implica sin embargo que cualquiera sea analista.

Pues en lo que enuncia, es del analista de lo que se trata, y supone que lo haya.

Autorizarse no es auto-ri(tuali)zarse.

Pues he planteado por otra parte que de donde surge el analista es del no-todo.

No-todo ser que habla podría autorizarse a hacerse analista. Lo prueba que el análisis es necesario para ello, pero no es aún suficiente.

Solo el analista, o sea no cualquiera, se autoriza unicamente por sí mismo.

Los hay, ahora hecho está: pero es así porque funcionan. Esta función no hace sino probable la ex-sistencia del analista. Probabilidad suficiente para garantizar que los haya: que las oportunidades sean grandes para cada uno, las deja para todos insuficientes.

Si conviniera no obstante que solo funcionasen analistas, tomarlo como meta sería digno del trípode italiano.

Querría abrir aquí este camino si quiere seguirlo.

Para eso hace falta (de ahí viene que haya esperado para abrirlo), para eso falta tener en cuenta lo real. Es decir lo que resulta de nuestra experiencia de saber.

Hay saber en lo real. Aunque ése, no sea el analista, sino el científico quien tiene que alojarlo.

El analista aloja otro saber, en otro lugar pero que debe tener en cuenta el saber en lo real. El científico produce el saber, del semblante de hacerse sujeto de él. Condición necesaria pero no suficiente. Si no seduce al amo velándole que esa es su ruina, ese saber se quedará enterrado como lo estuvo durante veinte siglos en los que el científico se creyó sujeto, pero solo de disertación más o menos elocuente.

No vuelvo sobre algo tan sabido sino para recordar que el analista depende de eso, pero que para él igualmente no basta.

Era preciso que se añadiese el clamor de una pretendida humanidad para la cual no está hecho el saber puesto que no lo desea.

No hay analista a no ser que ese deseo le surja, es decir que ya por ahí sea el desecho de la susodicha (humanidad).

Digo ya: ahí está la condición de la que por algún lado de sus aventuras el analista debe llevar la marca. A sus congéneres les toca «saber» encontrarla. Salta a la vista que esto supone otro saber anteriormente elaborado, del que el saber científico ha dado el modelo y lleva la responsabilidad. Esta misma es la que le imputo, la de haber transmitido un deseo inédito solo a los desechos de la docta ignorancia. Eso se trata de verificar para hacer un analista.

Sea lo que fuere aquello que la ciencia debe a la estructura histérica, la novela de Freud son sus amores con la verdad.

Es decir, el modelo del cual el analista, si es que hay uno, representa la caída, el desecho he dicho, pero no cualquiera.

Crear que la ciencia es verdadera bajo el pretexto de que es transmisible (matemáticamente) es una idea propiamente delirante que cada uno de sus pasos refuta cuando relega a épocas caducas una primera formulación. No hay por ese hecho ningún progreso que sea notable a falta de saber su continuación. Únicamente está el descubrimiento de un saber en lo real. Orden que no tiene nada que ver con ese imaginado de antes de la ciencia aunque tampoco hay razones para asegurar que fuera de *bon heure* (felicidad / buena fortuna).

El analista, si se hace cargo del desecho que he dicho, es precisamente por vislumbrar que la humanidad se sitúa en la buena fortuna (es donde está

sumergida; para ella no hay más que buena fortuna), y es en lo que debe haber circunscrito la causa de su horror, el suyo propio, el suyo, separado del de todos, horror de saber.

Desde ese momento, él sabe ser un desecho. Es lo que el análisis ha debido, al menos, hacerle sentir. Si ello no le lleva al entusiasmo, bien puede haber habido análisis, pero analista ni por asomo. Es lo que mi «pase», bien reciente, ilustra a menudo: lo bastante para que los pasadores se deshonren al dejar la cosa incierta, a falta de lo cual el caso cae bajo el peso de una declinación cortés de su candidatura.

Eso tendrá otro alcance en el grupo italiano, si me sigue en este asunto. Pues en la Escuela de París, no ha habido destrozos por ello. El analista al no autorizarse más que por sí mismo, pasa su falta a los pasadores y la sesión continúa para la buena fortuna general, teñida no obstante, de depresión.

Lo que el grupo italiano ganaría al seguirme es un poco más de seriedad que la que yo logro con mi prudencia. Hace falta para eso que corra un riesgo.

Artículo ahora las cosas para gente que me oye.

Está el objeto (*a*). Ahora *ex-siste* por haberlo yo construido. Supongo que se le conocen las cuatro substancias episódicas, que se sabe para qué sirve, por involucrarse con la pulsión por la que cada uno apunta al corazón y solo lo alcanza con un tiro que falla.

Eso da soporte a las realizaciones más efectivas, y también a las realidades más atrayentes.

Si es el fruto del análisis, reenvíen al susodicho sujeto a sus queridos estudios. Él adornará con algunos potiches suplementarios el patrimonio que supuestamente pone a Dios de buen humor. Que guste creerlo o que eso indigne, vale lo mismo para el árbol genealógico por el que subsiste el inconsciente.

El mozo o la moza en cuestión sirven de relevo congruente.

Que no se autorice a ser analista, pues no tendrá nunca tiempo de contribuir al saber, sin el cual no hay oportunidad de que el análisis siga siendo apreciado en el mercado, sea: que el grupo italiano no esté condenado a la extinción.

El saber en juego –he emitido su principio como el del punto ideal que todo permite suponer cuando se percibe el sentido del trazado– es que no hay relación sexual, relación entiendo, que pueda ponerse en escritura.

A partir de ahí es inútil inventarlo, aunque seguramente no me lo dirán ustedes sino sus candidatos, es uno más para replicar, porque no tiene ninguna chance de contribuir al saber en el que ustedes se extinguirán.

Sin intentar esta relación con la escritura, no hay manera efectiva de llegar a lo que, al mismo tiempo que planteaba su *inexistencia*, he propuesto como una meta por la que el psicoanálisis se igualaría a la ciencia: a saber demostrar que esa relación es imposible de escribir, o sea que por ello no es afirmable pero tampoco es refutable en nombre de la verdad.

Con la consecuencia de que no hay verdad que pueda decirse toda, incluso ésta, puesto que ésta no se la dice ni poco ni mucho. La verdad no sirve para nada más que para hacer el lugar en el que se denuncia ese saber.

Pero no es que ese saber sea nada. Pues de lo que se trata es que accediendo a lo real, lo determine tanto como el saber de la ciencia.

Naturalmente, ese saber no está en absoluto preparado. Porque hay que inventarlo.

Ni más ni menos, no descubrirlo ya que la verdad no es ahí nada más que leña para el fuego, digo bien, la verdad tal y como procede de la *f...terrie* [jodienda] (ortografía a comentar no es la *f...terrie* [pijada]).

El saber por Freud designado como inconsciente, es lo que inventa el humus humano para su perennidad de generación en generación, y ahora que ha sido inventariado, sabemos que da pruebas de una terrible falta de imaginación.

No podemos oírlo, como no sea a beneficio de este inventario: o sea dejar en suspenso la imaginación que en esto se queda corta, y recurrir a lo simbólico y a lo real que aquí lo imaginario anuda (por eso no se lo puede dejar caer) e intentar, a partir de ellos, que de todos modos han dado sus pruebas en el saber, ampliar los recursos gracias a los cuales lograríamos prescindir de esa fastidiosa relación, para hacer el amor más digno que la abundancia de parloteo que constituye hoy por hoy –*sicut palea*, decía el Santo Tomás al terminar su vida de monje–. Encontradme un analista de esta talla, que enchufe el truco en otra cosa que no sea un *organon* esbozado.

Concluyo: el papel de los pasadores, es el trípode mismo quien lo asegurará hasta nueva orden puesto que el grupo solo tiene esos tres pies.

Todo debe girar en torno a escritos por aparecer.

## PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA DEL SEMINARIO 11

Quando el esp de un laps, o sea, dado que solo escribo en francés [es también válido para el castellano]: el espacio de un lapsus, ya no tiene ningún alcance de sentido (o interpretación), tan solo entonces puede uno estar seguro de que está en el inconsciente. Uno lo sabe, uno mismo [so].

Pero basta con que se le preste atención para que uno salga de él. No hay allí amistad alguna que ese inconsciente soporte.

Quedaría que diga una verdad. No es el caso: la malogro. No hay verdad que, al pasar por la atención, no mienta.

Lo cual no impide que se corra tras ella.

Existe cierto modo de equilibrar estembrollo que es satisfactorio por razones diferentes a las formales (la simetría por ejemplo). Como satisfacción, solo se alcanza en el uso, en el uso de un particular. Aquel que se llama en el caso de un psicoanálisis (psic =, o sea ficción de—) analizante. Cuestión de puro hecho: hay analizantes en nuestras comarcas. Hecho de realidad humana, de lo que el hombre llama realidad.

Observemos que el psicoanálisis, desde que ex-siste, cambió. Inventado por un solitario, teórico indiscutible del inconsciente (que no es lo que se cree, digo: el inconsciente, o sea lo real, solo si se me cree al respecto), se practica ahora en pareja. Seamos exactos, el solitario dio su ejemplo. No sin abuso para sus discípulos (pues solo eran discípulos debido al hecho de que él no sabía lo que hacía).

Lo cual traduce la idea que tenía de él: peste, pero anodina allí donde creía llevarla, el público se las arregló con ella.

Ahora, o sea tardíamente, lo sazono yo con mi grano de sal: hecho de hystoria, que equivale a decir de hysteria: la de mis colegas en esta ocasión, caso ínfimo, pero en el que me encontré preso por azar, por haberme interesado en alguien que me hizo deslizar hasta ellos por haberme impuesto a Freud, la Aimée de mi tesis, de matisis.<sup>1</sup>

Hubiera preferido olvidar eso: pero uno no olvida lo que el público le recuerda. En la cura, por ende, hay que contar al analista. Imagino que no contaría, socialmente, si Freud no hubiera estado para desbrozarle el camino, Freud digo, para nombrarlo a él. Pues nadie puede nombrar analista a alguien y Freud no nombró a ninguno. Dar anillos a iniciados no es nombrar. A

1 [ Lacan escribe en francés *mathèse*, condensación de *ma thèse*, que remite a *mathème* = matema. (NT) ]

ello se debe mi proposición de que el analista no se hystoriza más que por sí mismo: hecho patente. Incluso cuando se haga confirmar por una jerarquía.

¿Qué jerarquía podría confirmarlo como analista, darle ese sello? Esto me dijo un Cht: que yo lo era, de nacimiento. Repudio ese certificado: no soy un poeta, sino un poema. Y que se escribe, pese a que tiene aires de ser sujeto.

Queda el interrogante de lo que puede impulsar a alguien, sobre todo después de un análisis, a hystorizarse por sí mismo.

No puede ser su propio movimiento, porque sabe mucho acerca del analista, ahora que ha liquidado, como se dice, su transferencia-por. ¿Cómo puede ocurrírsele la idea de asumir el relevo de esa función?

En otras palabras, ¿hay casos en los que otra razón los impulsa a instalarse, es decir, a recibir lo que comúnmente llaman *fric* [pasta, guita], para responder a las necesidades de quienes están a vuestro cargo, entre los que están en primer término ustedes mismos, de acuerdo con la moral judía (a la que Freud se atenía en este asunto)?

Hay que reconocer que la pregunta (la pregunta acerca de otra razón) es exigible para sostener el estatus de una profesión, recién llegada a la hystoria. Hystoria que no consideramos eterna porque su *aetas* [duración] solo es seria al remitirse al número real, es decir, a lo serial del límite.

¿Por qué, entonces, no someter dicha profesión a la prueba de esa verdad con la que sueña la función llamada inconsciente, con la cual trapichea? El espejismo de la verdad, del cual solo puede esperarse la mentira (lo que cortésmente se denomina la resistencia) no tiene otro término más que la satisfacción que marca el final del análisis.

Siendo la urgencia de dar esta satisfacción lo que preside el análisis, interroguemos cómo alguien puede consagrarse a satisfacer esos casos de urgencia.

Este es un aspecto singular del amor al prójimo colocado como epígrafe por la tradición judaica. Incluso interpretándolo cristianamente, es decir, como una *jean-f...trerie*<sup>2</sup> helénica, lo que se presenta al analista es algo diferente al prójimo: es todo lo que llega de una demanda que nada tiene que ver con el encuentro (de alguien de Samaria, capaz de dictar el deber crístico). La oferta antecede al requerimiento de una urgencia que no se está seguro de satisfacer, salvo por haberla sopesado.

Por eso designé mediante el pase esa puesta a prueba de la hystorización del análisis, absteniéndome de imponer a todos dicho pase, porque en esta ocasión no existe el todos, sino dispersos mezclados. Lo dejé a disposición de quienes se arriesguen a dar fe del mejor modo posible de la mentirosa verdad.

Lo realicé por haber producido la única idea concebible del objeto, la de la causa del deseo, o sea, de lo que falta.

La falta de la falta constituye lo real, que solo surge allí como tapón. Ese tapón que sostiene el término de lo imposible, cuya antinomia con toda verosimilitud nos muestra lo poco que sabemos en materia de real.

2 [jean-f...trerie = me importa un carajo / me la trae floja. (NT)]



No hablaré de Joyce, al que me dedico este año, salvo para decir que es la consecuencia más simple de un repudio sumamente mental de un psicoanálisis, de lo cual ha resultado que con su obra lo ilustra. Pero apenas lo he rozado, dado mi embarazo en lo que respecta al arte, en el que Freud se sumergía no sin tropiezos.

Señalo que, como siempre, mientras escribía esto los casos de urgencia me estorbaban.

Escribo, sin embargo, en la medida en que creo debo hacerlo, para estar a la altura de esos casos, para *faire avec eux la paire*.<sup>3</sup>

Paris, 17 de mayo de 1976

---

3 [juegos homofónicos: *faire la paire* = formar yunta / entenderse / estar de acuerdo y *être au pair* = estar a la altura. (NT)]



## CARTA DE DISOLUCIÓN DE LA EFP

Hablo sin la menor esperanza, en particular de hacerme escuchar. Sé que lo hago, añadiéndole lo que esto entraña de inconsciente.

Esta es mi ventaja sobre el hombre que piensa y no se percata de que primero habla. Ventaja que debo tan solo a mi experiencia.

Pues en el intervalo entre la palabra que desconoce y lo que cree que es pensamiento, el hombre se embrolla, lo cual no lo alienta.

De manera que el hombre piensa como un idiota, tanto más idiota cuanto más rabia... precisamente por embrollarse.

Hay un problema de la Escuela. No es un enigma. Entonces, por fin me oriento en ello.

Este problema demuestra serlo por tener una solución (*solution*): es la *dis* [digo], la *dissolution* [la digo-solución].

Entiéndase como de la Asociación que le da estatuto jurídico a esta Escuela.

Que baste con que se marche uno para que todos queden libres, esto es, en mi nudo borromeo, verdadero para cada uno, es preciso que en mi Escuela lo haga yo.

Me resuelvo a ello porque funcionaría, si yo no me le atravesase, a contrapelo de aquello para lo cual la fundé.

O sea para un trabajo, lo he dicho:

– que, en el campo que Freud abrió, restaure el filo cortante de su verdad– que vuelva a considerar la praxis original que instituyó con el nombre de psicoanálisis al deber que le toca en nuestro mundo

– que, mediante una crítica asidua, denuncie sus desviaciones y sus compromisos que amortiguan su progreso al degradar su empleo. Objetivo que mantengo.

Por eso disuelvo. Y no me quejo de los susodichos «miembros de la Escuela Freudiana» –antes bien les estoy agradecido, por haber sido por ellos enseñado, donde yo, por mi parte, fracasé, es decir, me embrollé.

Esta enseñanza es preciosa para mí. La aprovecho.

Dicho de otra manera: *persévère* [persevero / padre severo].

Y llamo a asociarse de nuevo a quienes, en este enero de 1980, quieran proseguir con Lacan.

Que el escrito de una candidatura haga que los conozca enseguida. Dentro de 10 días, para poner término a la debilidad ambiente, publicaré las primeras adhesiones que haya admitido, como compromisos de «crítica asi-

dua» de lo que en materia de «desviaciones y compromisos» la EFP alimentó.

Demostrando en acto que no es por su responsabilidad que mi Escuela fuera Institución, efecto de grupo consolidado, a expensas del efecto de discurso que se espera de la experiencia cuando ella es freudiana. Sabemos lo que costó que Freud permitiera que el grupo psicoanalítico prevalezca sobre el discurso y deviniese Iglesia.

La Internacional, ya que éste es su nombre, se reduce al síntoma que ella es lo que Freud esperaba de ella. Pero no es ella la que pesa. Es la Iglesia, la verdadera, que sostiene al marxismo porque la provee de sangre nueva... con un sentido renovado. ¿Por qué no el psicoanálisis cuando vira al sentido?

No digo esto por una burla vana. La estabilidad de la religión se debe a que el sentido es siempre religioso.

De ahí mi obstinación por mi vía de matemas, que no impide nada, sino que atestigua lo que haría falta para, al analista, hacerle marcar el paso de su función.

Si yo *père-sévère* [padre-severo / persevero], es porque la experiencia llevada a cabo reclama una contraexperiencia que compense.

No necesito mucha gente. Y hay gente a la que no necesito.

Los dejo plantados a fin de que muestren lo que saben hacer, excepto estorbarme y convertir en agua de borrajas una enseñanza donde todo está sopesado.

¿Obrarán mejor aquellos a quienes admita conmigo? Al menos podrán alegar que les deje la posibilidad.

El Directorio de la EFP, tal como lo he compuesto, despachará lo que arrastra de los asuntos llamados corrientes, hasta que una Asamblea extraordinaria, por ser la última, convocada oportunamente conforme a la ley, proceda a la devolución de sus bienes estimados por los tesoreros, René Bailly y Solange Faladé.

Jacques Lacan  
Guitrancourt, 5 de enero de 1980

## **CARTA PARA LA CAUSA FREUDIANA**

Hay reprimido. Siempre. Es irreductible.

Elaborar el inconsciente, como se hace en el análisis, no es nada más que producir su agujero. Freud mismo, lo recuerdo, lo indica.

Esto me parece confluir de un modo pertinente con la muerte.

Con la muerte que yo identifico por el hecho de que, «como el sol», así dicen, no se la puede mirar de frente.

Por eso, lo mismo que cualquiera, no la miro. Hago lo que tengo que hacer, que es hacer frente al hecho, desbrozado por Freud, del inconsciente.

Ahí dentro, estoy solo.

Luego, está el grupo. Entiendo que «La Causa» aguanta.

– El Cartel funciona. Basta con no ponerle obstáculos, salvo el vectorializarlo, cuya fórmula doy, y permutar.

– Un Directorio administra. Sus responsables, en el puesto por dos años después de lo cual, cambian.

– Los asisten comisiones, por dos años también.

– Una Asamblea anual, llamada administrativa, se informará de la marcha de las cosas; instancia, ella, permanente.

– Cada dos años, un Congreso, al que todos están invitados.

– Un Consejo, por último, llamado estatutario, es garante de lo que instituye.

La Causa tendrá su Escuela. De donde procederá el AME, ahora de la Causa freudiana.

El pase producirá el AE nuevo, siempre nuevo por serlo durante el tiempo de dar testimonio en la Escuela, o sea tres años.

Pues más vale que pase, este AE, antes que ir derecho a encastrarse en la casta.

Jacques Lacan  
23 de octubre de 1980